

Universitat de Barcelona

Facultat de Filologia

Departament de Filologia Hispànica, Teoria de la Literatura i Comunicació

Àrea de Teoria de Literatura i Literatura Comparada

Treball de Final de Màster

Estudiant: José M^a. Tejera Esteve

*La transformación del campo intelectual español durante
la transición (1970-1980)*

Relaciones entre cultura, Estado y sociedad civil

Dirigit per: Dr. Max Hidalgo Nácher

Curs 2021-2022

(Setembre)

Firma de l'estudiant

Firma del director de recerca

*Gracias, Compañero, gracias
Por el ejemplo. Gracias porque me dices
Que el hombre es noble.
Nada importa que tan pocos lo sean:
Uno, uno tan sólo basta
Como testigo irrefutable
De toda la nobleza humana.
Luis Cernuda - «1936»¹*

¹ CERNUDA, Luis (2020): «1936». En: *La Realidad y el Deseo (1924-1962)*. Madrid: Alianza, pág. 456.

INTRODUCCIÓN	1
1. LOS INICIOS DE LA POSMODERNIDAD EN ESPAÑA	5
1.1 LÓGICA DE CONSUMO, GLOBALIZACIÓN Y CULTURA DE MASAS	5
1.2. AUGE Y CAÍDA DE <i>TRIUNFO</i>	8
1.3. DISCURSOS O VÍAS POST-FRANCO	10
2. BÚSQUEDA DEL CONSENSO Y DE LA REFORMA	13
2.1 LA METAMORFOSIS DE LA IZQUIERDA: PSOE Y PCE	13
2.1.1 <i>El final de la aspiración republicana</i>	16
2.2 <i>EL PAÍS</i> COMO «INTELECTUAL COLECTIVO»	18
2.2.1 <i>Los inicios</i>	19
2.2.2 <i>Colaboradores habituales</i>	21
2.2.3 <i>Posicionamientos políticos</i>	24
3. LA SIMBIOSIS ENTRE CULTURA Y ESTADO	27
3.1 LA POLÍTICA CULTURAL DE UCD (1977-1982)	28
3.2 LA POLÍTICA CULTURAL SOCIALISTA (1982-1988)	31
3.3 EL LEGADO DE LOS INTELLECTUALES REPUBLICANOS BAJO LA UCD Y EL PSOE	33
4. CAMPO EDITORIAL E INTELLECTUAL	38
4.1 JORGE HERRALDE Y LA EDITORIAL ANAGRAMA: DE LA TEORÍA POLÍTICA A LA «NUEVA NARRATIVA ESPAÑOLA» (1969-1983)	38
4.2 EL CAMBIO DE RUMBO DE SAVATER	41
5. LECTURAS DEL PROCESO TRANSICIONAL	43
5.1 UNA TRANSICIÓN CONSENSUADA, MODÉLICA Y EJEMPLAR	43
5.2 LA TRANSICIÓN COMO «PACTO DE SILENCIO» Y «AMNESIA COLECTIVA»	47
5.3 RELECTURAS DEL PROCESO TRANSICIONAL: EL CONCEPTO «CT» (1998-2012)	49
CONCLUSIONES	52
BIBLIOGRAFÍA	56

INTRODUCCIÓN

La relevancia de la transición española, que tuvo lugar entre las décadas de 1970 y 1980² y permitió la progresiva evolución de una dictadura de índole fascista a una democracia de carácter monárquico-parlamentario es tal, que todavía hoy, en el año 2022, se sigue hablando y discutiendo acaloradamente sobre ella. El caso más reciente ha sido la aprobación por parte del Congreso de los Diputados de la «Ley de Memoria Democrática» propuesta por el ejecutivo de Pedro Sánchez y que viene a sustituir la «Ley de Memoria Histórica» establecida por el gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero en 2007³. Por poner otro ejemplo, del 24 de octubre de 2019 data el vuelo en helicóptero que quedará grabado para siempre en el imaginario colectivo: el traslado del féretro del dictador desde el Valle de los Caídos, mausoleo de conmemoración del franquismo construido por las víctimas del régimen, hacia el madrileño barrio de Mingorrubio, donde actualmente descansan sus restos en un panteón propiedad del Estado.

Teniendo en cuenta la trascendencia de aquellas décadas, así como las críticas, desavenencias y polémicas que ha generado, el presente Trabajo Final de Máster se propone ahondar en la relación que se gestó entre el mundo cultural, el Estado y la sociedad civil durante esos años. Con ello, pretendo aclarar el motivo de las lógicas que subyacen actualmente en el campo intelectual español atendiendo a la problemática desde su origen.

Si bien recientemente se han publicado numerosos ensayos sobre el tema, tanto desde la historiografía como la crítica cultural⁴, y se continúan escribiendo artículos

² Al estudiar las transformaciones en el campo intelectual en ambas décadas, no es mi intención referir una periodización exacta del inicio y el final de la transición. Ahora bien, la mayoría de los estudiosos sitúan su inicio o bien en 1973, con el asesinato de Carrero Blanco, o en 1975, con la muerte del dictador. Respecto a su final, suele situarse en 1982, con la victoria electoral del PSOE por mayoría absoluta, o en 1986, cuando España ingresó en la Comunidad Económica Europea y los socialistas revalidaron su mayoría absoluta.

³ BORRAZ, Marta (2022): «El Congreso aprueba la Ley de Memoria Democrática con la oposición de las derechas». *elDiario.es*. Disponible en: https://www.eldiario.es/sociedad/congreso-aprueba-ley-memoria-democratica-oposicion-derechas-abstencion-erc_1_9170059.html. [Última consulta: 21/7/22].

⁴ Por ejemplo, en 1998 Teresa M. Vilarós publicó desde la perspectiva de los *cultural studies* anglosajones *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española*. Recientemente, la historiadora Giulia Quaggio publicó en el 2004 *La cultura en transición. Reconciliación y política cultural en España*. Asimismo, desde el periodismo cultural se recopiló en 2016 el volumen *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, por no mencionar los numerosos estudios del historiador Santos Juliá y del filólogo José-Carlos Mainer.

anualmente, en este estudio busco arrojar un poco de luz incidiendo en algunos aspectos que apenas se han analizado hasta la fecha desde una vertiente comparativa e interdisciplinar.

Mi objetivo central consistirá en analizar las políticas culturales llevadas a cabo por los gobiernos de la Unión de Centro Democrático (UCD) y del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) durante estas dos décadas, que son de vital importancia si queremos entender los modos de intervención del Estado español en el panorama cultural, pues muchas de las voces disconformes que se alzan hoy en día respecto al funcionamiento de éste tienen su razón de ser en el comienzo y desarrollo de la transición.

Para una mejor comprensión de lo que aconteció durante la transición me veo obligado a empezar mi relato en la década de los sesenta y en las evoluciones socioeconómicas que tuvieron lugar, para después adentrarme en los años setenta y ochenta, fundamentales para tejer el proyecto transicional. Tras analizar pormenorizadamente las transformaciones del mundo político y cultural, así como la estrecha relación simbiótica que se dio entre ambos campos, me adentraré en la historia de una editorial -Anagrama, fundada y dirigida por Jorge Herralde en 1969- y la biografía de un intelectual -Fernando Savater- cuyo virajes -en el caso de Anagrama en sus publicaciones y en el del filósofo en su posición ideológica respecto a la transición- nos servirán para seguir ahondando en la lógica que ha regido y rige en el campo cultural español.

Para concluir, en el quinto y último apartado me centraré en las lecturas que se han hecho del proceso transicional, tanto las elogiosas como las desencantadas con la evolución del franquismo al vigente régimen monárquico-parlamentario. Para llevar a término mi trabajo me he basado en el concepto de «campo» del sociólogo Pierre Bourdieu, partiendo de sus libros *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* y *Cuestiones de sociología*.

Como explica este autor, el origen de los campos reside en la progresiva especialización de la sociedad, cuya complejidad, que alcanzó su punto máximo con la modernidad decimonónica, ha generado que éstos se fueran independizando unos de otros y que en cada uno de ellos rigieran unas leyes internas o normas de funcionamiento distintas. De esta forma, a partir de la era moderna se pueden distinguir con claridad los campos político, económico, cultural, etc., todos ellos de eminente carácter nacional, en los que el poder político puede jugar un papel fundamental, en la

medida en que su intervención puede contribuir a que estos campos sean *autónomos*, esto es, sin ninguna intervención exterior que los determine, o *heterónomos*, que significa que están regidos por leyes externas a ellos, y, por tanto, carecen de independencia.

Tal y como argumenta Bourdieu, en cada uno de estos espacios coexisten diversas posiciones sociales («agentes»), que compiten entre sí para obtener los recursos característicos de su campo, que el francés denomina «capital». El capital puede ser de diversos tipos, de los que cabría destacar dos: el *simbólico*, mediante el cual se logra reconocimiento y distinción, y el *económico*, con el que el agente obtiene réditos monetarios. Con ello tiene lugar una “lucha entre los pretendientes y los dominantes” (Bourdieu, 2017: 112-113): mientras los primeros, que prácticamente carecen de capital, quieren subvertir el statu quo del campo, los segundos buscan conservar el poder, retener el monopolio del capital. De esta forma, Bourdieu explica que

En todo campo encontramos una lucha, cuyas formas específicas hay que investigar en cada caso, entre el nuevo ingresado, que trata de hacer saltar los cerrojos de la cuota de ingreso, y el dominante, que trata de defender el monopolio y de excluir la competencia (Bourdieu, 2017: 113).

Como expondré a lo largo de mi investigación, en España, durante los años setenta y ochenta se tejió una red de complicidades entre el campo político, el campo económico y el campo intelectual, provocando que éste último se viera determinado por los poderes político-económicos. Y es que, como explica Bourdieu, cuantos más vínculos tenga un campo respecto a otros -en el caso que nos ocupa, el campo intelectual- menor será su autonomía, y viceversa (Bourdieu, 2015: 99). A este respecto, es importante conocer la definición que Bourdieu da de la figura del intelectual, que para el sociólogo es aquel que, desde la autonomía de su campo, ejerce de contrapoder mediante la intervención en la vida pública:

El intelectual es un personaje bidimensional que sólo existe y subsiste como tal si (y tan sólo si) está investido de una autoridad específica, conferida por un mundo intelectual autónomo (es decir, independiente de los poderes religiosos, políticos,

económicos) cuyas leyes específicas respeta, y si (y tan sólo si) compromete esa autoridad específica en luchas políticas (Bourdieu, 2017: 490).

1. LOS INICIOS DE LA POSMODERNIDAD EN ESPAÑA

1.1 Lógica de consumo, globalización y cultura de masas

Entre 1962 y 1969 el ministerio franquista de Información y Turismo estuvo presidido por Manuel Fraga Iribarne, el que años más tarde sería fundador y líder de Alianza Popular, que se reconvirtió en el actual Partido Popular. Desde su ministerio, Fraga buscó ahondar en la línea aperturista que había iniciado Joaquín Ruíz Giménez, que ocupó la cartera de Educación entre 1951 y 1956. Como explica la historiadora italiana Giulia Quaggio, Fraga fue uno de los más representativos miembros del régimen dictatorial que se percataron de que el franquismo estaba culturalmente desfasado respecto al proceso globalizador y consumista que se estaba iniciando en Occidente (Quaggio, 2014: 44-47); de hecho, el Estado de Franco empezó a carecer de legitimidad cultural a la altura de 1965 (Mainer, 2006: 153).

Debido a la incipiente globalización que estaba despuntando en todas las sociedades tardo-capitalistas, de la que España no fue ajena a pesar de su cerrazón sociocultural, durante la década de los sesenta eclosionó una emergente clase media consumidora que demandaba entretenimiento en su tiempo de ocio; además, se produjeron masivas migraciones del campo a las ciudades, provocando una creciente urbanización y un aumento de estudiantes universitarios, todo ello acompañado de una notable mejora en la calidad de vida de la población.

Estos fenómenos sin precedentes fueron auspiciados en España por los «Planes de Desarrollo» realizados por los tecnócratas del Opus Dei a partir de 1959, que pusieron fin al autarquismo del régimen y promovieron una economía de libre mercado inspirada en la de los Estados Unidos, propulsando la economía española, que creció intensamente a inicios de la década, además de abrir las puertas al turismo y finanzas extranjeras (Quaggio, 2014: 62).

Ante la eclosión de la creciente cultura de masas, Fraga y algunos miembros de las élites del país tomaron conciencia de que si querían mantener sus privilegios y cuotas de poder -esto es, su capital social, político y económico- debían iniciar un proceso de reformismo, de ahí que el ministro, acompañado por jóvenes miembros de la burguesía y aristocracia, como Pío Cabanillas, Luís González Robles, José María García Escudero o Carlos Robles Piquer, auspiciara en sus políticas una modernización artístico-cultural.

De esta forma, desde el seno de la administración franquista se proponía una vía aperturista (Quaggio, 2014: 44-65). En opinión de Ramon Buckley, todo ello se tradujo en una mayor autonomía del campo cultural, pues se llegaron a publicar, bajo estricta vigilancia del régimen, obras de autores marxistas, con el objetivo de aparentar un mayor aire de libertad. Como indica Buckley: “Franco los dejó hacer” (Buckley, 1996: 5-8).

De esta forma, estos burgueses y aristócratas buscaron granjearse el apoyo de artistas españoles con visibilidad internacional como Joan Miró o Pablo Picasso para contribuir a una imagen más moderna de España de cara al exterior. A raíz de estos contactos, en 1963 se inauguró el primer Museo Picasso y en 1960 y 1962 se realizaron exposiciones del artista en Barcelona y Madrid respectivamente. Más tarde, en 1975, se abrió al público la Fundación Joan Miró en la ciudad condal. También lograron la colaboración de Salvador Dalí, que participó desde las instituciones estatales (Quaggio, 2014: 64-68).

Fruto del desarrollo económico sin precedentes y las mejoras en las condiciones de la calidad de vida, se produjo paralelamente un declive de los movimientos utópico-revolucionarios y contestatarios, que como señala Teresa Vilarós, finalizarán a mediados de los años setenta: “1975 representó el fin de la utopía, la constatación del desencanto y el advenimiento del mono” (Vilarós, 1998: 27).

A lo largo de los años sesenta y setenta, aquellos opositores al régimen que apostaban por una vía revolucionaria, radical y de tintes marxistas como proyecto cohesivo propulsor del cambio social fueron abandonando sus ideales subversivos para integrarse en la nueva lógica mercantilista (Vilarós, 1998: 23). De esta forma, como argumenta Vilarós, el neoliberalismo tuvo un importante papel que influyó en el modo en que se llevó a cabo la transición, pues la deriva posmoderna y la sociedad de consumo provocaron que muchos perdieran interés por la lucha social y revolucionaria.

Como explicaré más adelante, en este apartado me refiero a la postmodernidad en su vertiente social y económica, en tanto que en España y en todas las economías postindustriales aparece una cultura del espectáculo («*show business*») y de consumo internacional característica de la era postmoderna a partir de los años sesenta; de hecho, será en fecha tan temprana como 1962 cuando Marshall McLuhan acuñe el término «Aldea Global» para referirse a la interconectividad sociocultural que estaba emergiendo.

Años después, con el advenimiento de la democracia y las políticas culturales de UCD y PSOE durante los setenta y ochenta, la posmodernidad española brotará en sus aspectos estético-artísticos, alcanzando su punto álgido bajo el gobierno de Felipe González.

Con todo ello, uno de los cambios de mayor envergadura que sufrió el campo intelectual y que influyó en el porvenir de la transición fue la progresiva desaparición de las revistas políticas, dirigidas a un público minoritario, especializado, principalmente de izquierdas y opositor al régimen. En detrimento de dichas publicaciones, que eran un auténtico baluarte de resistencia antifranquista y se movían en lo que Juan Pecourt denomina un “campo restringido o minoritario”, con la cultura de masas emergieron los grandes medios de comunicación, tanto en televisión -las primeras emisiones en España datan de 1953- como en prensa, que se insertaban en una lógica de mercado, esto es, en el “campo comercial” (Pecourt, 2012: 180-185). Consecuentemente, el intelectual pasó de dirigirse a un público minoritario y mínimamente instruido a difundir sus ideas en los grandes medios de comunicación de masas.

De esta forma, y como explica Annelies van Noortwijk, tanto en España como en otros países europeos -por ejemplo, Holanda, Inglaterra u Alemania- fueron desapareciendo progresivamente las revistas críticas de opinión, en detrimento de los *mass media* y las publicaciones más sensacionalistas, que daban mayor importancia a la imagen que al contenido. Un motivo más de la decadencia de estas publicaciones fue, en opinión de esta autora, su despolitización tras el desencanto del mayo del 68 francés (van Noortwijk, 1995: 77-79).

1.2. Auge y caída de *Triunfo*

Los veinte años de vida de la revista *Triunfo* son un claro exponente de los cambios que se estaban produciendo en el campo intelectual español. Por ello, un sucinto análisis de su trayectoria desde 1962, cuando se publica la nueva edición por primera vez, hasta 1982, fecha de su desaparición, nos puede ayudar a comprender la importancia de la emergencia de la sociedad de masas.

Como explica José Ángel Ezcurra, la revista nació en Valencia con título homónimo en 1946 centrada en la cinematografía, aunque también trataba temas deportivos, taurinos y otros asuntos relacionados con el mundo del espectáculo (Ezcurra, 1995: 369). Más tarde se trasladó a Madrid y en 1962 cambió de contenido y formato, especializándose en asuntos políticos e internacionales.

Financiada por el grupo publicitario Movierecord y editada por Prensa Periódica S.A, Ezcurra, promotor y director del proyecto, con el nuevo *Triunfo* de 1962 se proponía emular a las revistas internacionales de moda por aquellas fechas, como *L'Europeo*, *Paris-Match* o *Época*, caracterizadas por una “pródiga utilización del color, atractivas portadas y confección desenfadada” (Ezcurra, 1995: 44).

La intención del semanario, donde se formaron los futuros escritores y periodistas de la democracia, era promover mediante una cultura de consumo valores como la tolerancia, el diálogo y la libertad (Aubert, 1995: 17), favoreciendo la construcción de una conciencia crítica. De esta forma, frente a la visión retrógrada e involutiva del régimen franquista, *Triunfo* reivindicaba un talante modernizador y abierto a los nuevos tiempos, erigiéndose tempranamente en símbolo de la resistencia antifranquista y revista de cabecera de la intelectualidad progresista y libertaria. Como indica Juan Pecourt, “bajo la fachada de un producto mediático destinado al consumo de masas y el entretenimiento cultural” se buscaba “escrutar las acciones del poder político” (Pecourt, 2008: 107). Asimismo, como señala Teresa Pàmies, la revista dio voz a algunos intelectuales exiliados, convirtiéndose en “compañero de lucha” y “compañero de exilio” (Pàmies, 1995: 195).

Para evitar la censura la revista utilizaba un lenguaje no explícito al tratar la política de ámbito nacional, pues a su estilo desenfadado se le añadía la sutilidad para denunciar la represión e injusticias de la dictadura de forma indirecta. En palabras de su director:

Se buscó la complicidad del lector mediante un metalenguaje que se servía de implícitas analogías en el tiempo o en el espacio, es decir, la Historia y la política internacional, como instrumentos metafóricos para analizar la vida real de nuestro país (Ezcurra, 1995: 46-47).

A pesar de ello, la revista de Ezcurra sufrió la censura franquista, como muchas otras publicaciones en aquellos tiempos, siendo suspendida su edición durante cuatro meses de 1971 y otro cuatrimestre en el año 1975 (Ezcurra, 1995: 50-52) por incumplir determinados artículos de la Ley de Prensa e Imprenta promulgada por Fraga en 1966.

Al morir el dictador y tras la instauración de la democracia, el número de lectores fue disminuyendo progresivamente y se traspasaron, en gran parte, al diario *El País*, la publicación que más público absorbió de *Triunfo*. Como sentencia Haro Tecglen, “los lectores creyeron, al morir Franco, que habían entrado directamente en el paraíso y no necesitaban viáticos” (Haro Tecglen, 1995: 57). Paralelamente, muchos de los comunistas agrupados en torno a la revista se pasaron a la nueva publicación *La Calle*.

A pesar del decreciente número de ventas desde 1976 y la consecuente pérdida de rentabilidad económica, Ezcurra procuró mantener siempre una línea editorial ideológicamente independiente y evitar la sujeción a subvenciones estatales o de partidos políticos. Por ello, rechazó la oferta de Javier Solana para que los socialistas subvencionaran la revista y evitar así su desaparición; lo mismo hizo con la oferta del empresario Juan Garrigues Walker, cuyo apoyo financiero dependía de la intocabilidad de Adolfo Suárez (Ezcurra, 1995: 658).

De esta forma, la desaparición de *Triunfo* se debió a tres factores: el descenso de lectores tras el entusiasmo surgido con la muerte de Franco, síntoma de que muchos antifranquistas pensaron que la lucha por la libertad ya había terminado; la sustitución de esta clase de revistas por los medios de comunicación de masas, y la pluralización de las posiciones políticas e ideológicas de la izquierda una vez se instauró la democracia, lo que supuso el fin de la oposición compacta y unitaria que habían formado las fuerzas progresistas en sus tiempos de oposición a la dictadura. Por último, también influyó, como apunta Paul Aubert, el hecho de que su carácter conflictivo y polémico no casara bien con el modelo consensual que se estaba imponiendo (Aubert, 1995: 19-20). Dicho consenso evitaba en el mundo de la cultura la crítica problematizadora, promoviendo en cambio el “oficialismo”, es decir “una tendencia a apoyar lo institucional, lo

establecido, las distintas formas de poder que se nos aparecen” (Haro Tecglen, 1995: 55).

Para terminar, la relación de una publicación como *Triunfo* con la emergente cultura de masas capitalista la retrata muy bien Teresa Vilarós al explicar que los deseos de libertad política que se manifestaban en este tipo de publicaciones en realidad respondían -subconscientemente- al anhelo de consumo que subyacía en la sociedad española de los años sesenta y setenta:

El ansia libertaria de una gran parte de la población española que hizo de *Triunfo* su vehículo expresivo, respondía sobre todo [...] al ansia de consumo cultural que sólo podía hacerse factible con el ingreso de España en la economía capitalista de nuevo mercado (Vilarós, 1998: 83).

1.3. Discursos o vías post-Franco

Para entender en toda su complejidad la transición española es importante conocer las distintas posturas que las diversas facciones políticas e ideológicas proponían ante el inminente fallecimiento del dictador, así como las publicaciones en las que se expresaban. Por lo que a ello respecta, la crítica cultural e historiográfica destaca tres principales discursos, vías o proyectos que se exponían durante aquellos años: el rupturista, el continuista y el reformista⁵.

En primer lugar, el «discurso rupturista» era el que tenía una mayor trayectoria histórica, pues lo promovían aquellos que defendieron y defendían la legitimidad republicana tras el golpe de Estado fascista, la posterior guerra civil y ulterior dictadura. Su lucha por la democracia se inicia, por tanto, tras la insurrección militar de 1936. Durante la dictadura, sus propuestas fueron ilegalizadas y, perseguidos por el régimen, se vieron obligados a vivir en la clandestinidad o en el exilio (Juliá, 2006: 67).

⁵ Para desarrollar estos discursos me he basado principalmente en: JULIÁ, Santos (2006): «En torno a los proyectos de transición y sus imprevistos resultados», págs. 59-79. En: MOLINERO, Carme (coord.): *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*. Barcelona: Península. También: PECOURT, Juan (2008): *Los intelectuales y la transición política: un estudio del campo de las revistas políticas en España*. Madrid: CIS.

Por otro lado, y en el extremo opuesto, el «discurso continuista», también conocido como «inmovilista» o «búnker franquista», era defendido por aquellos sectores del régimen que, tras la muerte del dictador, abogaban por seguir con el statu quo. Estas posiciones eran acogidas por la extrema derecha, particularmente falangistas y ultracatólicos. Uno de sus miembros más destacados fue José Antonio Girón, estrecho colaborador de Franco e instigador del fallido golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 capitaneado por Antonio Tejero.

Por último, el «discurso reformista» lo apoyaban aquellas élites del franquismo que querían perpetuarse en el poder y para ello abogaban por una reforma del Estado. Como señala Gregorio Morán en *El precio de la transición*, las luchas internas en el seno de la dictadura se iniciaron a partir de 1956, fecha en la que algunos intelectuales del régimen empezaron a cuestionarse la perdurabilidad del mismo, iniciándose “una cultura de la resistencia” (Morán, 1992: 221), como ya hemos visto a través de la figura de Manuel Fraga y sus adláteres. En el discurso de la reforma cabría situar también a aquellos exfalangistas que obtuvieron con Franco cotas de poder pero que finalmente se terminaron apartando o incluso oponiendo a él. Si bien Santos Juliá sitúa a estos disidentes -como Dionisio Ridruejo o Ruíz-Giménez- en el discurso de la ruptura (Juliá, 2006: 66), en mi opinión estos hombres defendían el pacto y el consenso institucional con la finalidad de mantener -como lograron- su influencia.

Como señala Juan Pecourt, mientras que en las revistas políticas predominaban los discursos que proponían la ruptura total con el régimen, en los *mass media* se imponían los discursos continuistas y reformistas. De esta forma, las revistas que expresaban el discurso de ruptura se pueden dividir en cuatro grupos (Pecourt, 2012: 183-184): en primer lugar, aquellas que simpatizaban o estaban vinculadas al Partido Comunista, como *Triunfo*, *La Calle*, *Materiales*, *El Cárabo* o *Argumentos*; en segundo lugar, las próximas al socialismo y la socialdemocracia, como *Sistema*, *Cuadernos para el Diálogo*, *Zona Abierta* o *Leviatán*, la revista del PSOE. En tercer lugar, estaban las revistas que reflexionaban sobre el sistema de organización territorial del Estado o defendían posturas nacionalistas, como en el caso de las catalanas *Serra D'Or*, *Els Marges* o *Nous Horitzons*. Por último, cabría destacar aquellos semanarios de ideología libertaria que promovían reivindicaciones sociales alternativas -como el feminismo, el ecologismo o la contracultura- de las que destacan *Ajoblanco*, *El viejo Topo* o *Materiales*.

Por lo que respecta al “campo minoritario o restringido” de las revistas políticas, había unas pocas que no promovían el discurso de ruptura. Estas revistas eran *Cambio 16* o la *Revista de Estudios Políticos* -dependiente del Ministerio de Información y Turismo- que defendían desde el reformismo posturas liberales (Pecourt, 2012: 182).

En cuanto al discurso reformista, el periódico por excelencia que defendía esta postura era *El País*. También *La Vanguardia*, *ABC*, *Ya*, *Cambio 16* o *Informaciones*, que albergaban en su seno a periodistas y políticos liberales que abogaban por el consenso. De esta forma, destacan tres grupos de intelectuales que, en palabras de Pecourt, “asistieron a Adolfo Suárez en la labor de legitimización teórica que hizo posible la transición política” (Pecourt, 2012: 181): antiguos colaboradores del periódico *Madrid*, muchos de los cuales participaron en el gobierno de UCD; el «Grupo Tácito», formado por socialdemócratas y democristianos que expresaba sus ideas en *Ya*, y liberales aperturistas que escribían en *ABC* bajo el pseudónimo de «Publius».

Por último, el discurso continuista, defendido por los inmovilistas del franquismo, se expresaba en los medios de comunicación financiados por la dictadura y que estaban al servicio de la prensa del Movimiento, dirigida por Emilio Romero, como los rotativos *Arriba*, *Solidaridad Nacional* y *Pueblo* (Pecourt, 2008: 126-134).

2. BÚSQUEDA DEL CONSENSO Y DE LA REFORMA

2.1 La metamorfosis de la izquierda: PSOE y PCE

En paralelo a esta evolución socio-cultural, caracterizada por un fuerte auge del consumismo y de la lógica comercial en la cultura, que se traduce en su transición hacia la industria del entretenimiento, se producen cambios de enorme trascendencia en los dos principales partidos de la izquierda española: el Partido Comunista Español (PCE), que fue la principal fuerza de oposición durante los más de cuarenta años de dictadura, y el PSOE.

Me centro en estos dos partidos progresistas porque, como elementos de oposición al franquismo, fueron los que mayores sacrificios tuvieron que realizar para llegar al consenso que supuso la transición y la consecuente democracia, pues tanto el PCE como el PSOE (sobre todo, el primero) tomaron la difícil decisión de abandonar una parte sustantiva de sus idearios y reivindicaciones históricas para adaptarse a la nueva situación y poder, así, jugar algún papel relevante en el proceso transicional del que se hubieran visto excluidos de otro modo. De esta forma, Vilarós sentencia: “muy baratos, ciertamente, se vendieron los antiguos proyectos de izquierda” (Vilarós, 1998: 128).

Como explica Juan Andrade en *El PCE y el PSOE en (la) transición*, ambos partidos pasaron a reivindicar posiciones más pragmáticas, moderando su discurso y flexibilizándolo con el fin de poder acceder a alguna cuota de poder real. Incluso llegaron a ejercer una acción conservadora sobre sus militantes, como señala Gregorio Morán en *El precio de la transición* (Morán, 1992: 102). Por ejemplo, Santiago Carrillo dejó de presentarse públicamente con el puño en alto y, de cara a las elecciones de 1977, el Partido Comunista prohibió taxativamente a su militancia llevar banderas republicanas a los mítines (Imbert, 1990: 57). La causa de este comedimiento, de autocensura, se debía a que, en palabras de Josep Fontana, “lo que realmente les importaba [...] era el acceso a las parcelas de poder que les podía ofrecer el postfranquismo” (Fontana, 2012: 11). A este respecto, resulta muy sugerente lo que dice Bourdieu en su ponencia «Algunas propiedades de los campos», donde explica que frente a la lucha de poder que se da en todo campo -en este caso, el político- por el dominio del capital, los agentes siempre estarán interesados en hacer prevalecer la subsistencia de su campo, teniendo lugar “una complicidad objetiva que subyace a todos los antagonismos”, de tal forma que “las estrategias de subversión [...] permanecen

confinadas en unos límites determinados”(Bourdieu, 2017: 114-115). Se trataba, por tanto, de pasar del confinamiento de la periferia quizá ruidosa, pero a la postre irrelevante, al centro del campo, en el que se toman las decisiones políticas y, para ello, debían someterse a unas reglas de juego ya prefijadas y ser así aceptados como agentes - en la terminología *bourdieuana*- a tener en consideración.

De esta forma, el Partido Comunista dejó atrás el marxismo-leninismo ortodoxo para apostar por posiciones eurocomunistas, giro ideológico que se oficializó en el congreso celebrado del 19 al 23 de abril de 1978 (Andrade, 2012: 109). Con el eurocomunismo, el PC abandonó la lucha directa contra el Estado con la finalidad de ser aceptado en las instituciones liberales, renunciando a la línea revolucionaria y rupturista para abrazar la reforma y el pacto con las condiciones impuestas por el gobierno de Suárez. Además, la formación dirigida por Santiago Carrillo tuvo que abandonar sus aspiraciones republicanas para poder ser legalizado, llegando a consentir el régimen monárquico instaurado por Franco (Balibrea, 2017: 301). En definitiva, los comunistas cedieron la beligerancia característica de su lucha antifascista para aclimatarse a las condiciones impuestas por los herederos del régimen.

Por su parte, el Partido Socialista transitó del socialismo con tintes marxistas a un federalismo interclasista defensor de la socialdemocracia y el liberalismo capitalista, lo que le convirtió en la formación más conservadora de la familia socialista europea (Seoane y Sueiro, 2004: 158-159). Este viraje ideológico tuvo lugar a partir del Congreso celebrado en Suresnes en octubre de 1974, donde frente al PSOE «histórico» que padeció el exilio, representado por Rodolfo Llopis, los militantes eligieron a una directiva joven, perteneciente a la generación de «los niños de la guerra», es decir, aquellos que habían nacido en pleno conflicto civil y, por tanto, su imagen no era vinculable a los recuerdos de la contienda. Este sector, denominado «renovador», estaba encabezado por Felipe González y Alfonso Guerra (Andrade, 2012: 120). Otra corriente que anidaba dentro del Partido Socialista era la liderada por Enrique Tierno Galván, que fundó el Partido Socialista Popular (PSP).

Es interesante ver que este lavado de cara estratégico por parte del PSOE no lo realizó el PCE, que, contrariamente, eligió como principales representantes a miembros que habían vivido la guerra y padecido el exilio, como Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo o Rafael Alberti.

El resultado de estas estrategias fue claramente favorable al PSOE. En las elecciones de 1977, el Partido Comunista pasó de ser la principal fuerza en la lucha contra el régimen franquista durante toda la dictadura a tener un papel residual (tan sólo obtuvo el 9,4% de los votos en coalición con el PSUC). Por el contrario, los socialistas pasaron de la marginalidad a ser el principal partido de la oposición, logrando el 29,3% de las papeletas (Andrade, 2012: 74). El PSOE logró conectar mejor con los deseos de gran parte de la sociedad que en aquel momento, una vez muerto el dictador, parecía preferir disfrutar de las recién recuperadas libertades y romper con las referencias de un pasado siniestro, que detenerse a examinar de forma más cuidadosa si esa supuesta ruptura con el franquismo era tal, o una hábil maniobra de transformismo que encubría que el poder económico seguía en las mismas manos. El “lavado de cara” del PSOE, con unos líderes jóvenes, sin participación directa en la guerra civil, dio mejor resultado que el giro del Partido Comunista hacia el eurocomunismo y la aceptación de la monarquía, pero manteniendo en las cabeceras de sus carteles electorales a sus dirigentes históricos, que la mayoría de votantes consideraron, al parecer, símbolos de un pasado que querían dejar atrás rápidamente, sin antes si quiera evaluar el papel que cada uno había jugado.

La renuncia a la teoría intelectual marxista en septiembre de 1979, así como el acercamiento a posiciones socialdemócratas, y, por tanto, más moderadas, permitió al PSOE rivalizar con la UCD y aspirar al gobierno, que logró en las elecciones de 1982, cuyo rotundo triunfo electoral fue validado con el 48,11% de los sufragios (Andrade, 2012: 152). La muestra más clara del sometimiento del PSOE a la lógica de los mercados fue el referéndum que convocó en 1986 para dar una pátina de legitimidad a su cambio de postura hacia la OTAN, a cuya entrada se había opuesto con firmeza en la campaña electoral para las elecciones de 1982.

2.1.1 El final de la aspiración republicana

Como explican los diversos autores y autoras del volumen *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, además de haber sido dejados de lado durante la transición, los exiliados republicanos se ven constantemente sometidos a una marginalización historiográfica cuando los investigadores tratan de reconstruir la historia de España del siglo XX, pues ocupan siempre un lugar periférico y subalterno en las narrativas de su país (Balibrea y Faber, 2017: 21).

Resulta vergonzoso, como mínimo, que a la altura de 1963 la juventud española desconociera los nombres de figuras tan relevantes para el mundo de la cultura como son los de Ramón J. Sender, Francisco de Ayala o Max Aub (Juliá y Mainer, 2000: 160), desconocimiento fruto del destierro físico, pero también intelectual, promovido hacia los artistas exiliados, considerados la «Anti-España» por el Estado fascista.

Como consecuencia de todo ello, el legado cultural, ético y moral de los exiliados nunca se ha valorado ni apreciado justamente. Así, Balibrea y Faber explican:

Sometido a la lógica espacio-temporal de la nación, el exilio y el exiliado están condenados a ser una incongruencia: un margen que acaba quedando fuera porque no es límite de nada comprensible; un despistado ciudadano-turista; un extranjero nostálgico aferrado a su identidad española; un ahora no contemporáneo; un presente que solo en el pasado ve progreso y futuro; un despropósito de preocupaciones y prioridades; una presencia embarazosa (Balibrea y Faber, 2017: 19).

Lamentablemente, durante el proceso transicional no hubo ni reconocimiento ni reparación hacia los sufrimientos padecidos por los perseguidos y asesinados por el franquismo, como veremos al analizar las políticas culturales de los gobiernos de la nueva democracia. Antes bien, los caminos de los años setenta y ochenta transitaban por otras veredas que ahondaron en la marginalización política de los exiliados, pues a cambio de la legalización del Partido Comunista, Santiago Carrillo se comprometió a no abanderar la causa republicana. Con todo ello, a partir de las elecciones de 1977 las aspiraciones republicanas dejaron de ser posibles, agudizando el desencaje del exiliado republicano ante la nueva coyuntura político-social, donde se encontraba en tierra de

nadie. La opción de instaurar una nueva república tras la dictadura se hizo inviable, cerrando definitivamente las puertas de la esperanza de la mayoría de los exiliados, que no concebían que el próximo régimen político tras el franquismo no fuera una república, la forma de estado por la que habían dado sus vidas (Balibrea, 2017: 302).

Como explica Balibrea, aquel miércoles 15 de junio de 1977 no pudo concurrir ninguna candidatura que apoyara la república como nuevo régimen democrático; ningún partido de la Asociación Republicana Democrática Española (ARDE) pudo participar en los comicios. Siete días después de la cita electoral, el gobierno de la República en el exilio se disolvió. Además, la «Ley de Amnistía» de octubre de aquel año, pactada por todos los grupos parlamentarios del momento –aunque con ciertas reticencias de Alianza Popular- y presentada como “pieza capital de esta política de reconciliación nacional”⁶, conllevó *de facto* el bloqueo de las peticiones de reparación y justicia de las víctimas del franquismo y benefició a los verdugos franquistas, pues impidió que pudieran ser juzgados por sus delitos.

Con todo ello, las aspiraciones del exilio republicano, al pertenecer “a un ciclo histórico agotado” y encarnar “un signo tóxico del presente” (Balibrea, 2017: 302) se demostraron inviables y desaparecieron por el desagüe de la historia, lo que no impidió el recurso a algunas de sus figuras más conocidas de forma instrumental y puramente cosmética para dar una apariencia de reparación, como apuntaré más adelante.

⁶ CAMACHO ZANCADA, Marcelino (1977): «Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados», N^o. 24, pág. 960. En representación del entonces Grupo Parlamentario Comunista.

2.2 *El País* como «intelectual colectivo»

La metamorfosis que realizaron los dos principales partidos de izquierda en busca del atemperamiento con la finalidad de acomodarse a las nuevas instituciones de poder no se podría entender sin el papel que tuvieron los medios de comunicación en aquellos años, que mayoritariamente promovían el discurso del consenso y la reforma. Como señala Andrade, “el consenso se convirtió en la ideología cotidianamente difundida a través de prensa, radio y televisión” (Andrade, 2012: 310). Asimismo, María Cruz Seoane y Susana Sueiro destacan el papel fundamental que tuvieron los periodistas para que la transición se llevara a término, pues fueron “copartícipes, coautores de la transición política, protagonistas del cambio, y no meros cronistas y analistas” (Seoane y Sueiro, 2004: 125).

Un diario de gran relevancia en aquellos años, que se creó *ad hoc* y fruto de aquel contexto político, social y cultural fue *El País*, cuya influencia tejió y conformó el proceso transicional. De manera que, en mi opinión, la transición española no se puede comprender sin el papel que tuvo este diario, así como la génesis de este no se puede explicar sin el paso de la dictadura a la democracia. Constituye, por tanto, un caso palmario de interacción entre los campos político y de medios de comunicación en el sentido de Bordieu; un espeso entramado de vasos comunicantes entre política y periodismo que se retroalimentan, de forma que no se entiende la evolución del uno sin el otro y viceversa.

El País ha llegado a ser denominado «intelectual colectivo», término acuñado por el catedrático José Luis López Aranguren, en tanto que altavoz para debatir -e influir- sobre el proceso de transición. De esta forma, López Aranguren argumenta sobre el periódico que

ha llegado a ser el *intelectual colectivo-empresarial* de la España posfranquista [...] Espero que siga siendo nada más y nada menos que nuestro gransciano-neocapitalista intelectual colectivo, la *empresa* cultural de la España posfranquista⁷.

⁷ LÓPEZ ARANGUREN, José Luis (1981): «El País como empresa e “intelectual colectivo”». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/1981/06/07/opinion/360712807_850215.html. [Última consulta: 12/5/22].

Asimismo, la crítica académica ha calificado al diario como «referencia dominante», pues mediante su “poder performativo” se pretendía condicionar a la opinión pública para conformarla a los nuevos tiempos (Imbert, 1986: 26-47). En tanto referente, *El País* determinaba la realidad que quería que percibiera los ciudadanos. De esta forma, Gérard Imbert explica:

La prensa de referencia es una prensa de *la* opinión, de la opinión genérica y sincrética. Aparato productor de referencia, que delimita el *campo cultural*, que consagra simbólicamente a *El País* como fuente del saber colectivo (Imbert, 1986: 47).

En una situación liminal, de anomia o impasse como es el paso de una dictadura a una democracia, *El País* se erigió en una institución aglutinante, ecléctica y homogeneizante de diversas sensibilidades ideológicas para transformarse en discurso público, en definitiva, en productor de identidad. A este respecto, es muy interesante la reflexión de este autor, que señala que

los periódicos de referencia a los que pertenece *El País*, más que reflejar una opinión particular, actúan como grandes máquinas formalizantes; se sitúan, podríamos decir, en el grado cero de la ideología (Imbert, 1986: 46).

El papel de los periódicos de aquella época -y de los grandes grupos de comunicación ahora- como destacados agentes del campo político, y la interdependencia entre política y comunicación han sido desde entonces una constante en la política española.

2.2.1 Los inicios

Máximo exponente de la prensa consensual, la empresa que dio alas a *El País* se constituyó el 18 de enero de 1972, bajo el nombre de «Grupo Prisa». Sus cinco miembros fundadores fueron José Ortega Spottorno, que ocupaba el puesto de presidente de la sociedad; Carlos Mendo, consejero delegado, director gerente y figurante como futuro director del periódico; Darío Valcárcel, que asumía el secretariado del Consejo de Administración y subdirector del diario, y los vocales Juan José de Carlos y Ramón Jordán de Urríes (Seoane y Sueiro, 2004: 14-23).

Tras la revocación de dos solicitudes previas enviadas al Ministerio de Información, el 24 de septiembre de 1975 la administración del régimen autorizó el proyecto de

Spottorno, publicándose su primer número el 4 de mayo de 1976 (Seoane y Suerio, 2004: 45-70).

En el accionario del Grupo Prisa abundaban los profesores universitarios, particularmente catedráticos, y el periódico se situaba en el centro del espectro ideológico, buscando amalgamar a lectores tanto de centroizquierda como centroderecha (Negró, 2006: 15-21). Dada la diversidad ideológica de sus accionistas - algo totalmente novedoso y sin precedentes en la historia de la prensa española- se suponía garantizada la fragmentación del poder y la independencia ante los poderes políticos y económicos. Sin embargo, esta imagen idílica del consenso que promovía el diario no era tal, pues desde sus comienzos hasta 1983 hubo en el seno del proyecto dos facciones enfrentadas que proponían visiones distintas a la hora de marcar la línea editorial (Bustamante, 1986: 55-57).

Por un lado, estaban los que opinaban que la debía decidir el consejo, representante de los accionistas. Entre los partidarios de esta opción destacaban el mismo Spottorno y Julián Marías, que buscaban dar continuidad a la estela liberal-conservadora orteguiana. De esta forma, representaban la voluntad de los miembros fundadores de *El País*, cuya intención era que llegara a ser el *alter ego* del diario *El Sol*, fundado por Ortega y Gasset -padre de Ortega Spottorno- en 1917, y de la también orteguiana *Revista de Occidente*. Como las empresas de su progenitor, Spottorno quería que su diario se convirtiese en el faro de la razón liberal-ilustrada característica de la modernidad, protagonizada por la burguesía intelectual (Negró, 2006: 11-12).

Por el otro, la facción liderada por Jesús de Polanco y Juan Luis Cebrián, que recogía el parecer de progresistas, socialdemócratas y comunistas moderados, opinaba que la línea editorial la debía marcar la dirección y redacción del periódico. Gracias a este sector, el diario recogió el espíritu conciliador de la revista *Cuadernos para el Diálogo*, muchos de cuyos miembros pasaron a colaborar con *El País*, y cierto halo ideológico de la vertiente moderada del eurocomunismo que se reflejaba en lecturas como *Triunfo*, dando cabida además a los neo-nietzscheanos como Fernando Savater (Pecourt, 2008: 156-246). Con ello, el diario aspiraba a ser el *Le Monde* español.

Finalmente, será el dúo formado por Polanco y Cebrián el que ganará la lucha interna (Pecourt, 2008: 247-248). De esta forma, Cebrián se convirtió en el primer director de *El País*, que dirigió desde 1976 hasta 1988; por su parte, Polanco llegó a ser el hombre más influyente del mundo editorial español, pues sustituyó a Spottorno en la

presidencia de Prisa y también lideraba la fundación Santillana y el Grupo Timón. No es de extrañar, pues, que en el mundillo intelectual se le conociera como «Jesús del Gran Poder» (Seoane y Sueiro, 2004: 281-282).

2.2.2 Colaboradores habituales

Dentro del diario dirigido por Cebrián cabría destacar a determinados colaboradores que, por su posición de dominio en el campo intelectual o político, influyeron en el devenir de la transición, en tanto que *El País* pretendió erigirse, en palabras de Mainer, como “conciencia moral de la nación” (Mainer, 1988: 25).

Por lo que respecta a la «Sección de Opinión», los intelectuales que más intervinieron durante las primeras publicaciones del periódico fueron Julián Marías, José Luís López Aranguren y Julio Caro Baroja. Paralelamente, exponían con asiduidad sus opiniones políticas José María de Areilza, representante de la derecha comedida; José María Gil Robles, demócrata cristiano, y Gregorio Peces-Barba, exponente de un socialismo moderado (Negró, 2006: 21).

Uno de los intelectuales que mayor número de veces firmó en *El País* fue López Aranguren, considerado el intelectual más consagrado por aquellos años, dotado de gran capital simbólico, social y cultural. Aranguren fue un profesor universitario que en su juventud militó en Falange y apoyó a los sublevados, aunque terminó distanciándose del régimen en la década de los cincuenta y oponiéndose a la dictadura en los sesenta, siendo expulsado de su cátedra en 1965 a raíz de las protestas universitarias, junto con Tierno Galván y García Calvo.

A este respecto, y como señala Luis Negró, en la atalaya de *El País* también tuvieron cabida otros antiguos fascistas como Aranguren que colaboraron directamente con la dictadura, como era el caso de Antonio Tovar, Pedro Laín Entralgo, José María Alfaro o José María de Areilza. Todos ellos terminaron disidiendo del régimen progresivamente y desde *El País* preconizaban ahora las bondades de la democracia. En sus artículos, elogiaban las virtudes democráticas y diluían la responsabilidad que tuvieron como promotores y protagonistas del fascismo español bajo la responsabilidad colectiva, excusándose de actuar con desconocimiento de causa o de que en la España de los años treinta convivían posturas irreconciliables. Un ejemplo de ello son las memorias de Laín Entralgo, *Descargo de conciencia* (Negró, 2006: 49-53), así como diversos artículos

que se publicaron en la «Sección de Opinión». En ellos, Entralgo aprovechó para reconciliarse con su pasado y mostrarse arrepentido por su anterior ideario fascista (Negró, 2006: 50-51).

Otro exfascista que escribía en el periódico era Emilio Romero, considerado como uno de los instigadores de la fallida insurrección militar del 23-F y en cuyos artículos de opinión mostraba cierto recelo hacia el nuevo sistema democrático y la clase política (Negró, 2006: 58-59). A este respecto, resulta sintomático que tras la dimisión de Suárez y un mes antes de la intentona golpista, Romero abogara por un necesario “golpe de timón” desde la tribuna de *ABC*, proponiendo al general Alfonso Armada como sustituto del dimitido presidente:

Hay una realidad que me consta, y es que lo que pasa es tan importante, o tan grave, que no es aceptable ningún continuismo. Un golpe de timón, en la versión Tarradellas, es un golpe de timón. No le demos vueltas⁸.

Estos antiguos fascistas «reconvertidos» en demócratas que a finales de los setenta escriben en *El País* son uno de los ejemplos más visibles del modo en que las clases intelectuales del régimen franquista se adaptaron rápidamente a las nuevas circunstancias sociales para mantenerse en el poder y preservar su estatus social. Una clara muestra de ello es que todos los anteriormente mencionados, a excepción de Antonio Tovar, fueron accionistas del Grupo Prisa (Negró, 2006: 55). Se logró así, como expongo con más detalle en el último apartado del trabajo, el «continuismo» en los poderes fácticos del país, que lograron retener el monopolio del capital –por emplear la terminología de Bourdieu- en los campos político, económico y de industrias culturales.

Para concluir la exposición sobre la «Sección de Opinión», cabría destacar a otros intelectuales que expresaban sus ideas desde la tribuna de *El País*, como Fernando Savater, Rafael Sánchez Ferlosio, Juan Benet, Juan Goytisolo, Fernando Arrabal, Félix de Azúa y Javier Marías, por citar algunos ejemplos. De los escritores latinoamericanos, estamparon su firma Juan Carlos Onetti, Ernesto Sábato, Mario Vargas Llosa o Julio Cortázar. Por último, también tuvieron cabida algunos republicanos exiliados -algunos ya en España- como Francisco Ayala, José Bergamín, Ramón J. Sender o Rosa Chacel.

⁸ ROMERO, Emilio (1981): «Las tertulias de Madrid». *ABC*. Disponible en: <https://demoshistoria.blogspot.com/2018/07/las-tertulias-de-madrid.html>. [Última consulta: 20/7/22].

En lo referente a la «Sección de Cultura», durante sus primeros años, *El País* prestó mucha atención a analizar y propagar la obra de la «generación del 27», siempre desde el punto de vista artístico, no político -la mayoría de sus miembros apoyaron la República y padecieron el exilio- con el objetivo de contribuir a la reconciliación nacional (Negró, 2006: 90-92). De esta forma, en las páginas del periódico se reseñó y promovió la obra de Rafael Alberti, García Lorca, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Vicente Alexandre, Dámaso Alonso y Juan Ramón Giménez.

Con ello se buscaba simbolizar la pluralidad de voces que constituían la España transicional, pues los representantes de dicha generación tomaron distintas posturas ante el golpe de Estado y la guerra civil. Por ejemplo, mientras Gerardo Diego y Dámaso Alonso apoyaron la insurrección franquista -éste último colaboró en todo momento con el régimen-, Luis Cernuda y Vicente Alexandre apoyaron la legítima República y luego se exiliaron, aunque éste último interiormente, permaneciendo en España sin prácticamente participar en la vida intelectual del país. Asimismo, Pedro Salinas mantuvo una postura distante y terminó exiliándose a Norteamérica, García Lorca fue asesinado por las tropas fascistas y Alberti militó en el Partido Comunista. Por otro lado, se utilizó a la «generación del 27» como un ejemplo de la España moderna, internacional, europea y vanguardistas que se buscaba por entonces.

Dado que la nueva democracia “necesitaba un panteón de grandes antepasados que sirvieran de referencia” (Negró, 2008:121-123), *El País* conmemoró también a figuras como Antonio Machado, Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Ramón Giménez, Unamuno y a la «generación del 98». Asimismo, se lanzó un programa para recuperar “la cultura desterrada” (Negró, 2008: 96), que alcanzó su punto álgido con el retorno de *El Guernica* a España en 1980, acontecimiento que el diario cubrió exhaustivamente.

Para terminar, y prosiguiendo con la relación entre disidentes fascistas y *El País*, se conmemoró el legado del escritor y falangista Dionisio Ridruejo presentando, por ejemplo, la biografía escrita por Juan Benet y elogiando su figura como fascista que terminó oponiéndose a la dictadura. De esta forma, Ridruejo fue exaltado desde las páginas de *El País* como un “héroe” (Negró, 2008: 62), cuya trayectoria -de falangista convencido a «liberal-demócrata»- fue presentada como modelo para los hombres y mujeres de la transición.

2.2.3 Posicionamientos políticos

El País, que fue pieza clave en el proyecto de transición, mostró claras simpatías por determinadas posturas políticas y antipatías por otras. Como analizan Seoane y Sueiro, en los primeros años de transición y sobre todo a partir de la intentona golpista del 23-F, el diario defendió férreamente la institución monárquica y la figura de don Juan Carlos, contemplado como árbitro necesario -o «motor de cambio» imprescindible, en palabras de Areilza- para pasar del franquismo a la democracia (Seoane y Sueiro, 2004: 129-134). De esta forma, el periódico promovía la idea de que la democracia y las libertades civiles serían inalcanzables sin la mediación e implicación de la figura del monarca:

En el momento de su salida, *El País* aparece ligado a monárquicos que están dispuestos a facilitar al máximo al nuevo rey [...] su difícil papel en un momento delicadísimo del tránsito de un sistema dictatorial a otro democrático (Seoane y Sueiro, 2004: 129-130).

Por otra parte, y como expresará el diario en diversas editoriales, defender la causa republicana carecía de sentido en la particular coyuntura política que estaba viviendo España; en aquellos tiempos, el único sistema capaz de garantizar la vida en democracia era, según *El País*, una monarquía parlamentaria, pues “lo importante [...] no era el viejo dilema entre monarquía o república, sino el dilema entre dictadura o democracia” (Seoane y Sueiro, 2004: 134).

Por ello, desde el diario conservador *ABC* acusaban al diario de Cebrián de ser «monárquico-converso», es decir, de defender la institución monárquica por motivos utilitario-pragmáticos, y no de forma «auténtica», como decían hacer en el rotativo dirigido por Luís María Anson (Seoane y Sueiro, 2004: 134).

Siguiendo con sus posicionamientos en el campo político, tras la renuncia de Arias Navarro a la presidencia del gobierno, *El País* se mostró siempre favorable a José María de Areilza, que, junto con Manuel Fraga, eran los principales aspirantes para sustituirlo. Esta inclinación se debía a que Areilza utilizó su influencia en el grupo Prisa para patrocinarse como futuro candidato, así como desprestigiar a Suárez, contando siempre con el beneplácito del subdirector Darío Valcárcel (Seoane y Sueiro, 2004: 137-148).

Para sorpresa de muchos, el rey terminó eligiendo al joven y desconocido Adolfo Suárez. Una vez presidente del gobierno, *El País* apoyó al joven dirigente puntualmente y aplaudió algunas de sus medidas, como la «Ley de Amnistía» o la «Ley de Reforma Política». De esta forma, Seoane y Sueiro indican que

El País corrigió, pues, su criterio en los primeros momentos con respecto a Suárez y llegó a ser un apoyo en la delicada tarea de ingeniería política que se disponía a desarrollar (Seoane y Sueiro, 2004: 151).

Paralelamente, *El País* aplaudió entusiásticamente el viraje estratégico de Felipe González en septiembre de 1979, apoyando al flamante dirigente en detrimento de sus detractores internos del PSOE «histórico», a los que criticaron. Asimismo, de cara a las primeras elecciones democráticas tras la dictadura, el diario empezó a mostrar una imagen favorable hacia González y simpatías hacia el PSOE (Seoane y Sueiro, 2004: 158-159). Fue tal su apoyo a la candidatura socialista que desde *ABC* tildaron a *El País* de «periódico gubernamental», justo un año después de haber llegado al poder tras las elecciones de 1982 (Seoane y Sueiro, 2004: 287).

Respecto al Partido Comunista, el diario fue siempre favorable a su legalización, pero no veía con buenos ojos la candidatura de personalidades históricas del partido a las elecciones de 1977, por estar su imagen excesivamente vinculada al pasado. Además, en más de un editorial *El País* expresó sus dudas acerca de la voluntad democrática del PCE (Seoane y Sueiro, 2004: 161-164).

La interacción entre *El País* y el PSOE de Felipe González se fue intensificando y haciendo más patente con el tiempo. El grupo Prisa fue creciendo hasta convertirse en el grupo de comunicación más poderoso en España, con presencia dominante en casi todos los medios, al tiempo que actuaba como eficaz correa de transmisión de las posiciones del partido socialista. La llegada a la presidencia del gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, que se produjo de forma cuasi sorpresiva, y el tímido cambio de rumbo respecto del «pacto de silencio» de la Transición que inició, comportó la alteración de este statu quo. Pronto la desconfianza mutua afloró y se fue haciendo más evidente con el transcurso del tiempo. Todo ello culminó con la formación de un grupo de medios de comunicación en torno a Mediapro, afín a los nuevos postulados, como alternativa al grupo Prisa, fuertemente vinculado a la «vieja guardia» del PSOE. Es muy expresiva de esta estrecha vinculación la coincidencia en el año 2007 de tres acontecimientos que se produjeron en rápida sucesión: el fallecimiento de Jesús de Polanco (julio), la fundación

del diario *Público* (septiembre) y la promulgación de la conocida como «Ley de Memoria Histórica» (diciembre). Y es que la fuerte interconexión entre los campos político y de medios de comunicación, con su derivada cultural, característica de la transición, no ha hecho sino consolidarse y acentuarse a lo largo de los años, hasta el punto de encontrar eco en la prensa internacional⁹.

⁹ CARVAJAL, Doreen (2009): «El País in Rare Break With Socialist Leader». *The New York Times*. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2009/09/14/business/media/14elpais.html>. [Última consulta: 10/9/22].

3. LA SIMBIOSIS ENTRE CULTURA Y ESTADO

Al calor de la creciente influencia de los *mass media*, durante la década de los sesenta emergieron en muchos estados de Europa las políticas culturales, que veían la cultura como instrumento democratizador, promotora de la igualdad en tanto que niveladora social y anti-elitista, cuyo papel civilizatorio podía contribuir a la sociabilización de la población en los valores democráticos. De esta forma, en 1985 se acuñó el término «Estado Cultural» para hacer referencia a la influencia de éste en la vida artística de un país, ya sea mediante la concesión de premios o subvenciones públicas. La expresión empezó a alcanzar notoriedad a partir del libro *El Estado cultural (ensayo sobre una religión moderna)*, escrito en 1991 por Marc Fumaroli, en el que analizaba las políticas culturales que se llevaron a cabo durante las presidencias de Charles de Gaulle y de François Mitterrand.

Este hecho se dio muy particularmente en España de la mano de los gobiernos de la UCD y el PSOE, de allí que José-Carlos Mainer denomine la intervención estatal en el campo cultural como una operación de “nacionalismo cultural” o “Leviatán cultural” (Mainer, 2006: 160). Con estos términos, Mainer hace referencia a la estrecha relación que se forjó entre el Estado y la cultura, siendo la política cultural planificada con la finalidad de «reconstruir» el pasado colectivo reciente y transmitir entusiasmo por el presente. De esta forma, se creó una tupida red de vasos comunicantes entre el campo político-económico y el campo intelectual.

Con ello, la expresión más clara de la ausencia de autonomía del campo cultural español se da en la Constitución de 1978, cuyo artículo 44 describe al Estado como motor y guía de las actividades culturales, garante de la protección y difusión del patrimonio artístico nacional: “los poderes públicos promoverán y tutelarán el acceso a la cultura, a la que todos tienen derecho” (art. 44 CE). Como veremos más adelante e indican Gracia y Ródenas: “nunca se ha resuelto del todo la tensión entre independencia del poder y protección cultural del Estado” (Gracia y Ródenas, 2019: 238). Y es que la falta de autonomía del campo cultural respecto de la política ha sido una constante en España, como pongo de relieve en los siguientes apartados.

3.1 La política cultural de UCD (1977-1982)

Como se ha explicado, ya Fraga Iribarne propuso desde el Ministerio de Información y Turismo cierto aperturismo y modernización cultural, con el joven Pío Cabanillas como mano derecha, que terminará sustituyéndole en el cargo.

De este modo, el presidente Arias Navarro otorgó a Cabanillas la cartera ministerial en 1974, pero, debido a su actitud flexible y aperturista, Franco le cesó en octubre de ese mismo año. Entre 1975 y 1977 el exministro participó activamente en la formación de la Unión de Centro Democrático, de cuyo gobierno terminará siendo ministro de Cultura después de la victoria suarista en las primeras elecciones democráticas tras la dictadura (Quaggio, 2012: 201-202).

Con la UCD, el franquista Ministerio de Información y Turismo pasó a denominarse Ministerio de Cultura, que con Pío Cabanillas al frente realizará una impresionante política cultural. El ministro, informado de la adopción de las políticas culturales en otros estados de Europa, se inspiró particularmente en las reformas que André Malraux estaba llevando a cabo desde el Ministerio de Cultura de la V República Francesa, presidida por Charles de Gaulle (Quaggio, 2014: 92-94), las mismas que, por cierto, Fummaroli se dedicó a criticar en su extenso ensayo. Junto a Cabanillas estuvo desde 1979 Javier Tusell, nombrado director general de Patrimonio Artístico, Archivos y Museos y que fue “el verdadero promotor de la «normalización artística» del país” (Quaggio, 2011: 116).

Desde su cartera Ministerial, Cabanillas promovió aquellos proyectos artísticos de carácter integrador, armonizador y unificador de cara a la sociedad civil, marginando toda obra de marcado rasgo conflictivo, rupturista o ideológico. Asimismo, las obras de muchos artistas se interpretaron de forma desproblematizada, con la intención de hacer prevalecer un espíritu de concordia, fraternidad e ilusión por el futuro. (Quaggio, 2014: 222).

De esta forma, la cultura, cuyo papel transgresor había sido fundamental en la lucha antifranquista, se convirtió, bajo la tutela del Estado, en legitimadora del nuevo régimen. Un ejemplo que ilustra muy bien el cambio de situación es que en comparación con las pinturas de los años cincuenta y sesenta, donde predominaban los colores mortecinos, con protagonismo del negro y el gris, se financiaron obras pictóricas con colores vivos y alegres (Quaggio, 2014: 212).

Esta evolución es especialmente marcada, como explica Vilarós, a partir de la década de los ochenta, en la que coincide el paso de muchos intelectuales de una actitud crítica y problematizadora a una actitud pragmática y conformista con lo que estaba sucediendo en el campo político, donde se imponía el discurso del consenso y la «reconciliación». Paralelamente, tuvo lugar un desinterés generalizado en el mundo de la cultura por el pasado reciente, postura que puede resumirse muy bien en la frase de un joven Almodóvar protagonista de «La Movida»: «Franco no me interesa» (Vilarós, 1998: 174).

A este respecto, resulta interesante ver cómo la «euforia» y el «desencanto» convivieron. Por una parte, el desencanto por parte de los sectores más progresistas de la sociedad se palpó a partir de la victoria de la UCD en las elecciones de 1977, al constatarse que los herederos de Franco -y por tanto la vía continuista- se habían impuesto. Sumado a la resaca de mayo del 68 y a los interrogantes que planeaban sobre el comunismo en Cuba y China, las fuerzas de izquierda que promovían la vía rupturista y revolucionaria cayeron en la desorientación, la desafección política y el mutismo de muchos de sus intelectuales (Herralde, 2019: 44-45). A causa de este desencanto, muchos militantes del Partido Comunista se sumaron a las filas del PSOE (Morán, 1992: 196).

Paralelamente, la euforia, cuyo máximo exponente se encuentra en «La Movida», la protagonizó la juventud urbana de la sociedad en sus ansias de liberación cultural y sexual. Estas posturas libertarias, que ya se habían ido gestando en las décadas de los sesenta y setenta, se manifestaron como un estallido tras la muerte de Franco en 1975 con el fin de la injerencia del régimen en la vida privada de los ciudadanos. Se produjo una rápida liberalización de las costumbres y todo lo que antes se consideraba tabú o marginal pasó de la periferia al centro. Este fenómeno se conoció como «El Destape» y tenía en la revista *Interviú*, que nació en 1976, su principal icono cultural. Como expresarán desde *El País* en abril de 1980: «Desde la muerte de Franco parece que este país ha descubierto el sexo» (Imbert, 1990: 45). Con «El Destape», además, los sectores feministas reivindicaron la despenalización del adulterio -en la histórica manifestación de 1976 bajo el lema «Yo también soy adúltera»-, así como el derecho al aborto y al divorcio.

Tanto «El Destape» como «La Movida» respondían a una crisis de identidad y de valores acaecida tras la muerte del dictador, como expresa Gérard Imbert en *Los*

discursos del cambio: la ortodoxia moral impuesta por la dictadura nacionalcatólica se resquebrajó y los códigos éticos quedaron en entredicho, pero sin replantearse otros nuevos; de esta forma, se instauró una situación liminal o de impasse, acompañada de una rápida y fuerte secularización. Como expresa Imbert:

se pasa de un sistema unitario normativo (dominado por la moral religiosa) a la pluralidad de opiniones, a la diversidad de prácticas [...] el ciudadano ve cómo se replantean los modelos dominantes, se ve enfrentado a una abundancia de claves interpretativas, sin poder identificarse sin ningún sistema (Imbert, 1990: 39).

Por lo que respecta al desencanto, no solo abundó en parte de la izquierda, sino también en los sectores de la derecha nostálgica del régimen. Como explica Manuel Vázquez Montalbán en su *Crónica sentimental de la transición*, a la altura de 1979 predominaba en la sociedad española la sensación de “inseguridad ciudadana” generada por el terrorismo vasco y los GRAPO, así como una fuerte incertidumbre ante la crisis económica que se estaba viviendo, reflejada en la inflación, el ascenso del paro, la devaluación de la peseta o el aumento del precio de los carburantes debido a la crisis del petróleo (Vázquez Montalbán, 2005: 163).

Como consecuencia de esta situación, se acuñaron dos expresiones que resumían el sentir de estos dos sectores de la población. Por una parte, las clases medias conservadoras y los sectores inmovilistas de la dictadura se identificaban con la frase «Con Franco vivíamos mejor», con la que expresaban su añoranza por la prosperidad que se dio durante el boom económico de los años sesenta y por el rígido orden social característico del franquismo. Por el otro lado, las fuerzas de oposición al régimen resumían su sentir mediante la máxima «Contra Franco vivíamos mejor», dado que la izquierda perdió su espíritu militante, combativo y de resistencia, pues el futuro ya estaba pactado y consensuado (Vázquez Montalbán, 2005: 189).

Fruto de la desilusión que se apoderó de una parte de la sociedad civil y de la sensación de continuismo -a excepción de los jóvenes contraculturales de «La Movida»-, la abstención electoral marcó las elecciones celebradas en 1978 que revalidaron a Adolfo Suárez en el cargo (Cebrián, 1980: 139).

3.2 La política cultural socialista (1982-1988)

Tras la dimisión de Adolfo Suárez como jefe de gobierno en enero de 1981, Calvo-Sotelo le sustituyó en el cargo, disolvió las cortes y convocó elecciones para el 28 de octubre de 1982, que ganará con una rotunda mayoría absoluta el Partido Socialista de Felipe González. Con él, llegó al poder Javier Solana, que ocupó el ministerio de cultura hasta 1988.

Si su predecesor en el puesto se había inspirado en las políticas culturales de André Malraux, Solana hará lo mismo, pero esta vez basándose en las propuestas de Jack Lang, ministro de cultura durante la presidencia de François Mitterrand (Quaggio, 2014: 282-285).

Como explica Mari Paz Balibrea, y coincidiendo con Quaggio, la política cultural socialista no distó mucho de la llevada a cabo por el gobierno de UCD (Balibrea, 2014: 119). El gabinete de Solana continuó con el proceso de «reconciliación» con el pasado mediante la estrategia de olvidar los hechos pretéritos y promover entusiasmo por el futuro para así cohesionar a la sociedad española: “el pasado era una rémora peligrosa que fomentaba divisiones en el partido, los símbolos habían de buscarse en el presente y en el futuro” (Balibrea, 2014: 119). Con ello, se continuó promoviendo una sociedad civil apolítica, despolitizada, consumista y sumisa a la voluntad del Estado. Como señala Balibrea:

La cultura pasó a significar consumo y estatus social derivado de él, perdiendo con ello en estos años su vinculación con una idea política de la estética de la vanguardia como utopía crítica del statu quo que había florecido durante la dictadura y que procede de la tradición moderna misma (Balibrea, 2014: 120).

Un rasgo distintivo de las políticas de Solana fue el talante posmoderno, europeísta y cosmopolita que se quiso imprimir en la esfera cultural (Quaggio, 2014: 317). De hecho, es precisamente bajo la tutela del gobierno de Felipe González cuando la posmodernidad en España se muestra ya no solo en el ámbito social y económico, sino también en el estético y artístico, alcanzando su punto álgido. Por otra parte, si con la UCD el presupuesto de la cartera de cultura era ínfimo, con el PSOE se incrementó la financiación, siendo durante los primeros años del gobierno socialista uno de los

ministerios con mejor dotación económica (Quaggio, 2014: 289). Con ello, se crearon nuevas infraestructuras culturales (teatros, bibliotecas, auditorios museos, etc.) y se modernizaron las más obsoletas. Además, los socialistas descentralizaron las competencias en materia cultural, transfiriéndolas a las comunidades autónomas, así como disminuyeron los trámites burocráticos.

Por lo que respecta al corpus administrativo, es importante destacar que el gobierno de Suárez heredó gran parte de los funcionarios de la dictadura franquista, mientras que con el de González el aparato funcionarial de la administración central disminuyó considerablemente (Quaggio, 2014: 96-105). En gran medida, esta reducción fue resultado de transferir gran parte de las competencias en materia de cultura a las comunidades autónomas y, con ellas a los funcionarios adscritos a las mismas. Estos funcionarios quedaron integrados y en buena medida diluidos en los incipientes cuerpos administrativos autonómicos.

Otra particularidad de la política cultural socialista fue la estrecha relación -de compadreo- que se forjó entre el gobierno y los intelectuales, reflejado en las cenas que organizaba Felipe González con personalidades del mundo artístico en el Palacio de la Moncloa, clara muestra de la pérdida de independencia del intelectual respecto a los poderes públicos.

Para transmitir un mensaje tanto de unidad y diversidad colectiva como de esperanza hacia el futuro, la política cultural socialista rememoró a los artistas de la «generación del 27» -por ejemplo, a Francisco de Ayala y a Rafael Alberti- junto con aquellos falangistas que terminaron desertando de la dictadura -como Pedro Laín o Dioniso Ridruejo- y la emergente juventud cosmopolita protagonista de «La Movida Madrileña» (Quaggio, 2014: 28-29), en consonancia con lo que se estaba haciendo por aquellos años desde *El País*, como ya se ha analizado.

Igualmente, mediante la conmemoración de los poetas y escritores de la década de los treinta del siglo XX, caracterizada por su vanguardismo e internacionalismo, además de la Institución Libre de Enseñanza, el PSOE se erigió en defensor de la moderna intelectualidad ilustrada (Balibrea, 2017: 509).

En definitiva, esta alianza entre cultura y Estado que se dio durante los gobiernos de Felipe González ya fue denunciada por Rafael Sánchez Ferlosio en 1984 en un artículo

de *El País* titulado «La cultura, ese invento del gobierno»¹⁰, donde arremetía contra la tendencia eminentemente festiva que subvencionaba la política cultural socialista:

El prestigio de *la fiesta y de lo festivo* parece haberse vuelto hoy tan intocable, tan tabú, como el prestigio del *pueblo y lo popular*. No se diría sino que una férrea ley del silencio prohíbe tratar de desvelar el lado negro, oscurantista, de las fiestas, lo que hay en ellas de represivo pacto inmemorial entre la desesperación y el conformismo, y que, a mi entender, podría dar razón del hecho de que en el síndrome festivo aparezca justamente la compulsión de la destrucción de bienes o el simple despilfarro.

3.3 El legado de los intelectuales republicanos bajo la UCD y el PSOE

Como hemos visto, bajo los gobiernos de la UCD y el PSOE, el legado republicano se recupera culturalmente, evitando siempre lecturas políticas. De esta forma, los ministerios de Cabanillas y Solana se encargaron de anular las connotaciones de protesta, subversión o denuncia que contenían muchas de las obras artísticas de los años cincuenta y sesenta.

Ahora bien, como indica José-Carlos Mainer, debido a la “necesidad colectiva de explicarse y hablar” (Mainer, 2006: 167) durante los años de transición emergió una «literatura de la intimidad» en detrimento de la «literatura comprometida» anterior, que se palpa en la cantidad de memorias, diarios y dietarios que se publicaron. Por tanto, se habló -y mucho- del pasado reciente, pero nunca entrando en cuestiones conflictivas o polémicas. De esta forma, no existió un «borrado de memoria» ni «amnesia colectiva», como arguye parte de la crítica, sino “un escenario rebosante de heterogéneas revisiones” (Quaggio, 2012: 198) en cine, literatura y artes plásticas, promovido tanto por la generación que protagonizó la guerra como la que la vivió en su infancia (conocida como la de los «niños de la guerra» o «generación inocente») que se sumergieron en “un psicoanálisis nacional de urgencia” (Juliá y Mainer, 2000: 104). De allí que Quaggio comente que

¹⁰ SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael (1984): «La cultura, ese invento del Gobierno». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/1984/11/22/opinion/469926007_850215.html. [Última consulta: 25/4/22].

en materia de política cultural no hubo silencio sobre el pasado. Sin embargo, se privilegiaron lecturas despolitizadas del mismo, interpretaciones que podrían denominarse cosméticas, o, en cualquier caso, eufóricas y de gran impacto visual (Quaggio, 2012: 221).

De esta forma, en contraposición con la estética subversiva, comprometida y combativa que prevaleció en los años sesenta, con el advenimiento de la democracia predominó una estética posmoderna, esto es, festiva, hedonista, alegre, totalmente descomprometida con el pasado. Se podría decir, pues, que, junto al poder vertebrador del Estado y los poderes fácticos, la cultura consumista de la posmodernidad no ayudó a que se forjara una cultura de espíritu crítico para hacer frente al pasado dictatorial y represor, en tanto que lo posmoderno se sitúa en parámetros posthistóricos y postideológicos y deslegitima el saber objetivo (Lyotard, 1987: 48). A este respecto, al hablar de las artes plásticas durante la transición, Mainer expresa que “la entronización del relativismo *postmoderno* y la desconfianza por la historia como pauta comprensiva ganaron muchos adeptos” (Mainer, 2000: 194).

En mi opinión, con la posmodernidad y en paralelo a los gobiernos de UCD y PSOE la cultura adoleció de una conciencia histórica crítica que reflexionara sobre los hechos pasados y valorase el legado de los exiliados. De esta forma, el posmodernismo contribuyó a la marginalización de la memoria de los exiliados y no ayudó a la dignificación de los perseguidos y asesinados por el franquismo.

Con ello, las instancias gubernamentales recuperaron el legado artístico e intelectual de los republicanos exiliados y la memoria de los vencidos de forma interesada y con una finalidad utilitarista, pues se buscaba legitimar a la reciente democracia neutralizando todo elemento ideológico y resaltando los componentes democráticos de sus artefactos artísticos. De esta forma, la UCD no tuvo reparos en organizar todo tipo de conmemoraciones, pero se hizo siempre “estratégicamente” (Balibrea, 2017: 508), esto es, edulcorando u anulando toda referencia política de las obras de los exiliados y militantes republicanos. En relación con la cultura antifranquista, Quaggio argumenta:

Este recorrido normalizador de un panorama artístico que hasta entonces se desarrollaba fuera del contexto oficial fue posible en virtud de un complejo de instituciones y praxis del Gobierno que encontraron en la política de la recuperación, un instrumento capaz de gobernar y disciplinar las posibles tensiones

de un mundo cultural que era, en general, el de los que perdieron la guerra (Quaggio, 2014: 222).

En la misma línea, Mari Paz Balibrea explica:

La República era aceptable en el ámbito cultural, como memoria nacional de modernidad y democracia que invocaba valores sociales útiles; pero completamente rechazable como presente y futuro político para la democracia (Balibrea, 2017: 508).

Como indica esta autora, con la otorgación de premios y reconocimientos a determinados intelectuales representantes del exilio republicano, se buscó una superficial operación estética, que, si bien repercutió favorablemente en el reconocimiento de su legado ético y artístico, no conllevó una verdadera “reparación moral” ni “conmemoración activa” de las víctimas republicanas (Balibrea, 2014: 121-122). Así, por ejemplo, se concedió el Premio Cervantes a Rafael Alberti en 1982, a María Zambrano en 1988 y a Francisco Ayala en 1991. A pesar de ello, Balibrea indica que

ninguno de estos galardones forma parte de una incorporación social compleja del exilio a la sociedad democrática más allá del reforzamiento del adjetivo mismo que la define (Balibrea, 2014: 122).

De esta forma, el gobierno de Felipe González conmemoró a ciertas personalidades socialistas que padecieron el exilio y defendieron la república, como Manuel Azaña, Antonio Machado o Salvador de Madariaga evitando siempre toda alusión histórica, ideológica y política, y resaltando los conceptos de democracia, libertad, modernidad y consenso.

Se puede decir, por tanto, que hubo una utilización sesgada e inmoral de la obra de los exiliados por parte de los gobiernos de UCD y PSOE, pues no se buscaba esclarecer la verdad de lo sucedido, del verdadero significado de sus artefactos artísticos, sino adulterarla con la finalidad de obviar lo que realmente ocurrió para construir el nuevo Estado. De esta forma, se utilizó el mundo de las artes y las letras como capital cultural y social, como forma de legitimación.

Asimismo, lejos de una visión crítica del pasado, éste se representó de forma indirecta y velada, pergeñada muchas veces de humor negro o crítica satírica, como

sucede en las películas de Luís García Berlanga o en las viñetas de Forges, Perich o Mingote. Con ello

la producción artística no tuvo reparos en abordar el pasado, si bien, en la línea de los gustos mostrados por el gran público, lo hizo indirectamente, dejando de lado los aspectos más peliagudos y doloroso, y privilegiando en cualquier caso un mensaje optimista y volcado en la pacificación (Quaggio, 2014: 202).

Una lectura superficial de la película *La Vaquilla* (1985) puede llegar a considerarla el epítome de cultura de la época al presentar la contienda desde una clave de humor absurdo, alejada del imaginario de ideales y heroísmo, al mostrar a los soldados de los dos bandos con los mismos anhelos y problemas, para acabar todos perdedores de una guerra fratricida. No obstante, también se ha visto esta película como un “espacio de la memoria” frente al intento oficial de reprimir la memoria de la guerra civil con la finalidad de que el olvido permita superar el trauma colectivo (González, 2008: 75). La única forma de abordar la traumática herida que muchos espectadores temían reabrir era desde lo carnavalesco, y que la risa que provoca actuara de forma balsámica, ya que la risa, en este caso, supone una vía de escape al miedo que producía enfrentarse de nuevo a la guerra (González, 2008: 76).

De esta forma, la memoria que se perfila durante la transición se puede calificar perfectamente de falsa, ilegítima y amoral, pues deja de lado los hechos históricos. Es una memoria espuria y bastarda en tanto que silencia el sufrimiento, la represión y las muertes por parte del franquismo para resaltar los ideales de libertad y democracia que los republicanos defendieron.

Un factor más que perjudicó a la difusión de la literatura escrita en el exilio fue la dinámica de rentabilidad, en detrimento de la calidad, que irrumpió en el mundo editorial durante aquellos años, pues con la incipiente cultura de masas las editoriales pasaron de ser pequeñas empresas familiares a convertirse en una industria a gran escala, guiada por una lógica mercantilista. De esta forma, se primaba el capital económico por encima del capital simbólico. Como explican Jordi Gracia y Domingo Ródenas:

En democracia la literatura se abrió sin vergüenza al mercado, el sistema literario se hizo más estratificado y diverso, la palabra «negocio» dejó de ser malsonante y los contratos ganaron un protagonismo que no habían tenido en la etapa *heroica* (Gracia y Ródenas, 2019: 250).

A raíz de esta transformación en el campo editorial, el editor de la transición buscaba obras vendibles, por tanto, autores reconocibles para el gran público; esto representaba un obstáculo para que los intelectuales exiliados viesan su obra publicada en España, pues como relata Max Aub en sus *Diarios*, el exiliado se hallaba en una situación límbica, de ostracismo cultural, siendo un auténtico desconocido en su propio país:

Un escritor desconocido seguirá siendo tan bueno como se quiera, pero no es escritor más que para él que, a la vuelta de la esquina, ya no es nadie. «No somos nadie». Mal dicho: «Somos nadie» para los españoles. Fuimos nadie; no fuimos, habiendo sido, por lo menos para mi generación y la que nos siguió (Aub, 2003: 241).

Al mismo tiempo, al mundo editorial no le interesaba obras que trataran el tema de la guerra civil o del exilio de forma que pudiese parecer problemática o conflictiva para las autoridades (Negró, 2006: 104), como era el caso de muchos exiliados, que exponían la cruda realidad de los hechos acaecidos desde mediados de la década de los treinta.

Un exponente del uso instrumental del exilio republicano con finalidades puramente cosméticas fue el nombramiento en 1988 como ministro de cultura a Jorge Semprún. Procedente del mundo cultural francés y desconocedor de la intensa simbiosis entre los campos cultural y político de la España resultante de la transición, creó polémica por su intento de acabar con el “excesivo proteccionismo oficial del cine”¹¹

¹¹ BUSQUETS, Jordi (1989): «El 'estilo Semprún'». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/1989/06/26/cultura/614815204_850215.html. [Última consulta: 10/9/22].

4. CAMPO EDITORIAL E INTELECTUAL

Como estamos viendo, la metamorfosis producida en el campo político, social y económico tuvo importantes repercusiones en el campo intelectual español. En este apartado me propongo ahondar en estas consecuencias a través de dos importantes testimonios de la transición: la editorial Anagrama, fundada por Jorge Herralde, y el filósofo Fernando Savater.

Siguiendo sus trayectorias, podemos constatar cómo a partir de la década de los ochenta y tras el fallido golpe de Estado la editorial vira en sus propuestas editoriales y el joven pensador en sus posicionamientos ideológicos.

4.1 Jorge Herralde y la editorial Anagrama: de la teoría política a la «Nueva Narrativa Española» (1969-1983)

Hasta los años sesenta, la hegemonía editorial española estuvo en manos de Seix Barral, con Carlos Barral al frente. Al inicio de esta década nació la editorial Lumen, y a finales, Anagrama y Tusquets, ambas en 1969 (Herralde, 2019: 27). Otras importantes empresas editoriales de la época eran Crítica, editada en Barcelona, Alianza y Siglo XXI en Madrid y Taurus, dirigida por Jesús Aguirre.

Como explica el fundador y director de Anagrama, Jorge Herralde, desde su editorial se empezó publicando ensayos a través de las colecciones «Argumentos», «Documentos» y «Cuadernos» (Herralde, 2019: 12). Estas obras pertenecían a autores representantes de la izquierda heterodoxa como Mao, Bakunin, Trotski, el Che Guevara o Rosa Luxemburg. Como explica Herralde, la publicación de estos textos, impensable hasta la fecha, se pudo lograr a pesar de la Ley de Prensa promulgada por Fraga en 1966, pues si bien proseguían los secuestros editoriales, a principios de la década ya se respiraba una mayor libertad de expresión (Herralde, 2019: 43).

Con el cambio de decenio, en 1970, ocho editoriales independientes y exponentes de la izquierda tradicional, la extrema izquierda y la vanguardia cultural se unieron y crearon la distribuidora «Enlace», así como una colección de bolsillo compartida, «Ediciones De Bolsillo» (Herralde, 2019: 43). Estas editoriales eran Anagrama, Barral, Cuadernos para el diálogo, Ediciones 63 (Península en castellano), Estela (que se reconvirtió en Laia por motivos de censura), Fontanella, Lumen y Tusquets.

De esta forma, entre 1973 y 1974 Anagrama pudo publicar libros de teoría y contenido revolucionario y en 1975 pudo ver la luz la primera edición legal en España de *Cuatro tesis filosóficas*, de Mao Tsetung. Es en esta fecha cuando la colección «Cuadernos» ganó peso dentro de la editorial, y hasta 1977 se publicaron setenta y cinco libros. Asimismo, entre estos tres años se publicaron en la colección «Debates» textos comentados de Lenin (*El Estado y la revolución*), Rosa Luxemburg (*Las raíces de la socialdemocracia*) y Stalin (*El marxismo y la cuestión nacional*). Asimismo, en la colección Ibérica se publica una biografía de Andreu Nin y dos obras de Joaquín Maurín: *Los hombres de la dictadura* y *La revolución española*; también se editan los ensayos políticos de Juan Goytisolo y en la colección «Elementos críticos» se publican a intelectuales de izquierda como Perry Anderson, Gunder Frank o Yves Lacoste. En otra colección, «Educación sentimental», se divulgan textos feministas y sobre sexualidad.

Como hemos explicado, la euforia tras el final biológico del dictador perduró hasta 1977, fecha en la que la UCD ganó las elecciones, y, como consecuencia, se inició el desencanto y la desafección política. Todo ello tuvo repercusiones evidentes en el campo intelectual, pues después de 1977, al constatar las fuerzas de izquierda la imposibilidad de la vía rupturista y revolucionaria disminuyó la lectura de ensayos políticos, y no se recuperó hasta 1981 (Herralde, 2018: 45). Como señala Herralde: “buena parte de aquellos lectores inquietos que se interesaban por *todo*, dejaron de leer no sólo textos políticos sino también libros de pensamiento, de teoría” (Anagrama, 1994: 14).

Con ello, la economía de la joven editorial se resintió, si bien tampoco contribuyeron a la buena marcha de la empresa los problemas con las exportaciones y con la compañía encargada de la distribución.

Dada la situación financiera de Anagrama y debido al descenso de los lectores de teoría política, en la década de los ochenta la editorial de Herralde dio un giro notable y empezó a publicar novela, en detrimento de las obras de no-ficción. (Herralde, 2019: 53). Por ello, en 1980 se preparó la colección «Panorama de Narrativas», que vio la luz un año después y estará dedicada exclusivamente a la literatura contemporánea extranjera, con especial predominio de escritores anglosajones, italianos, franceses y alemanes. Este viraje en el tipo de publicaciones permitió que la situación de la empresa mejorara, a pesar de seguir siendo pésima.

Consecuentemente, en 1981 se publicaron *Dos damas muy serias*, de Jane Bowles; *Parodia*, de Ruggero Guarini y *Batalla de amor*, de Grace Paley. Otros autores que se publicaron aquel año fueron Joseph Roth, Patricia Highsmith y John Kennedy Tool con *La conjura de los necios*. Tanto la obra de Tool como la de Highsmith supusieron un rotundo éxito editorial, que alivió la economía de la empresa y permitió a Herralde estrenar en 1983 la colección «Narrativas Hispánicas», dedicada a las letras españolas, donde se publicará la ya incipiente «Nueva Narrativa Española», fenómeno literario que ha sido calificado por Vila-Matas como “superficial canon nacional”, regido por el casticismo y el realismo hispánico, carente de experimentalismo y con escasa visibilidad internacional¹².

Entre los autores más publicados en la colección destacan Álvaro Pombo, Javier Marías, Félix de Azúa, Soledad Puértolas, Enrique Martínez de Pisón y Enrique Vila-Matas (Anagrama, 1994: 36-37). Todos ellos, a excepción de Vila-Matas y Marías, pueden ser adscritos en mayor o menor medida a la «Nueva Narrativa Española».

Así pues, la trayectoria de Anagrama durante los años setenta y ochenta estuvo marcada por el desencanto y el desinterés político producido en parte de la izquierda, cuyos lectores abandonaron la lectura de prosa ensayística de contenido teórico-revolucionario. No solo se habían impuesto los herederos de Franco tras las elecciones, sino que también muchos habían caído rendidos ante el nuevo estilo de vida que promovía el capitalismo, que empezaba a verse como un sistema social, político y económico incuestionable y sin alternativas viables que pudieran hacerle frente, lo que llevará en 1989 a Francis Fukuyama a anunciar el «fin de la historia», dando por sentado que la humanidad había llegado a la más excelsa forma de gobierno, encarnada en la democracia liberal-capitalista, que sería para Fukuyama la forma más óptima de organización social. Debido a este contexto histórico-cultural, Herralde se vio obligado a buscar nichos de mercado de mayor rentabilidad, que los encontró en la novela extranjera contemporánea.

¹² VILA-MATAS, Enrique (2007): «Situarse en el mundo». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/2007/07/05/opinion/1183586406_850215.html. [Última consulta: 4/6/22].

4.2 El cambio de rumbo de Savater

En 1978, justo cuando las élites políticas se encontraban en pleno proceso de redacción de la Constitución, el joven filósofo Fernando Savater publica un breve ensayo titulado *Panfleto contra el todo*. Por aquel entonces, su autor se situaba en los movimientos neo-nietzchanos que proliferaron en España durante la década de los sesenta, y como hace en su libro, defendía posiciones ácratas y anarquistas.

Bajo el término de «Todo», Savater se refiere al Estado, en tanto que éste ejerce un poder total sobre la vida de los individuos, que son vistos como súbditos engañados por las artimañas de la política moderna. Como expresa Savater:

Las cosas van mal, la explotación es inocultable, el dominio autoritario crece: hay que cambiarlo todo. Pero cambiarlo todo equivale, por lo visto, a cambiar de Todo [...] La salvación pasa por la revolución del Todo, pero en todo caso del Todo no se sale: como dijimos, de él vienen todos nuestros males y nuestros bienes -nuestra identidad, nuestro deseo y nuestra muerte-, de lo que se trata es de exprimirle la ubre de los bienes y ponerle cuentagotas a la de los males (Savater, 1983: 19).

De esta forma, bajo los ideales de Igualdad, Justicia o Bien Común, el individuo vive engañado por lo que no son más que falacias que le sirven al Estado para perpetuar su poder totalitario (Savater, 1983: 66-67). Con todo ello, Savater reivindica la vía revolucionaria contra el Estado frente al consenso político que se estaba imponiendo; asimismo, denuncia que las emergentes instituciones democráticas permiten la continuidad del franquismo en las instancias políticas y económicas, siendo el nuevo sistema de gobierno una extensión del poder totalitario característico del franquismo. Por otra parte, y como señala Pecourt, Savater consideraba la transición como un espejismo y el derecho al voto una trampa bajo la que se busca aparentar democracia (Pecourt, 2008: 171-172).

Ahora bien, tras el fallido golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 -tan solo tres años después de reivindicar la revolución y el acratismo en su libro- Savater defenderá posiciones más conservadoras, argumentando que se debe proteger a la naciente democracia. En palabras de Gregorio Morán, el filósofo vasco pasará de ser un “anarquista radical” a un “escéptico conservador” (Savater, 1992: 226), y si en 1978 se

consideraba contrario a cualquier forma de poder, en 1981 se comprometerá con la democracia.

Como apunta Marta Nogueroles en *Biografía intelectual de un “joven filósofo”*, además de apostar por el nuevo régimen democrático, Savater irá dejando atrás su perfil combativo y antiinstitucional para irse progresivamente amoldando a las instituciones del sistema. Asimismo, aprovechará los medios de comunicación de masas para difundir su obra, convirtiéndose en un asiduo interventor en prensa, radio y televisión (Nogueroles, 2013: 187-188).

Con todo ello, y teniendo en cuenta que en la actualidad Savater es un intelectual consagrado y poseedor de abundante capital simbólico, del viraje ideológico que efectúa en la década de los ochenta se podría desprender un movimiento estratégico para insertarse en las estructuras del establishment cultural español. Él mismo expresará que, para que un autor pueda alcanzar cierto reconocimiento, es fundamental el apoyo institucional: “la espontaneidad, sin el apoyo institucional debido, corre el riesgo de convertirse en un fuego fatuo, incluso algo atroz” (Savater, 2002: 226).

5. LECTURAS DEL PROCESO TRANSICIONAL

Como explicaba en la introducción de este trabajo, el tema de la transición española sigue siendo motivo de debates y discusiones que no parecen tener fin. En este apartado final propongo exponer los tres principales discursos que se han gestado una vez terminado el proceso transicional y llegada la democracia y que dan cuenta de la diversidad de voces y opiniones que han fructificado en el seno de la sociedad española y de la crítica cultural e historiográfica.

5.1 Una transición consensuada, modélica y ejemplar

Aquellos que ven el paso de la dictadura a la democracia como un proceso modélico y ejemplar¹³ defienden que, tras las elecciones de 1977, las distintas fuerzas políticas del país se vieron obligadas a pactar entre ellas si querían llegar a acuerdos, una vez la sociedad civil había manifestado su voluntad en las urnas: “pacto no hubo hasta que todos descubrieron que los electores a nadie habían otorgado la mayoría absoluta” (Juliá, 2006: 78).

Según el parecer de Santos Juliá, que ha sido calificado como unos de los “historiadores liberales del régimen del 78”¹⁴, la transición se movió entre el proyecto de ruptura y el proyecto de reforma, modificándose “al compás del cambio de la coyuntura política” (Juliá, 2006: 78); asimismo, Juliá comenta de Adolfo Suárez que “fue asumiendo, sin pactos previos, reivindicaciones del proyecto de ruptura a la vez que modificaba sustancialmente, o mejor, anulaba el proyecto de reforma” (Juliá, 2006: 75).

De esta forma, para los que defienden el modo en que se estableció la vigente democracia -denominada por sus impugnadores como «régimen del 78»-, la transición terminó con una ruptura total con la dictadura franquista y no hubo sombra de continuismo en las instancias de poder. Desde su punto de vista, una vez la UCD llega al

¹³ En esta sección me limitaré a expresar la opinión de los autores Elías Díaz, Santos Juliá, José-Carlos Mainer y Jordi Gracia, que siguen un discurso muy similar para argumentar su narrativa sobre la transición en tanto proceso exitoso.

¹⁴ FABER, Sebastiaan (2019): «El legado de los historiadores liberales del régimen del 78». *La Marea*. Disponible en: <https://www.lamarea.com/2019/11/28/el-legado-de-los-historiadores-liberales-del-regimen-del-78/>. [Última consulta: 26/7/22].

gobierno siendo democráticamente elegida se constata el fracaso del proyecto de reforma, mientras que el de ruptura llega a su consecución:

Si a partir de julio de 1976 el proyecto de reforma dejó de tener vigencia, a partir de enero de 1977 la oposición dejó de negociar la ruptura, dando por supuesto que su objetivo final -la convocatoria de las elecciones libres que iniciaran un proceso constituyente- estaba conseguido (Juliá, 2006: 77)

Por lo que se refiere a las relaciones entre cultura y Estado, los que defienden que no hubo continuidad entre ambos regímenes argumentan que la sujeción de la cultura al Estado estuvo en parte supeditada a la sociedad civil, cuya efervescente demanda cultural ha sido calificada por Mainer de bulímica (Mainer, 2006: 153). Por ello, a pesar de que el Estado se convirtió en un auténtico «Leviatán cultural», el campo intelectual estuvo siempre determinado por la participación ciudadana. Como señala el reputado historiador:

Conviene recordar que la subrogación de la Cultura al Estado ha venido determinada por bastantes cosas más que una convergencia de intereses entre políticos ambiciosos e intelectuales en busca de un arrimo propicio (Mainer, 2006: 169).

En la misma línea, en un innovador estudio titulado *Transición y cambio en España*, Álvaro Soto demuestra el determinante papel que tuvo la sociedad civil en el mundo cultural, principalmente a través de las masivas movilizaciones que se organizaron durante aquellas convulsas décadas y, sobre todo, expresando su sentir en las urnas (Soto, 2005: 31-33). A este respecto, Quaggio escribe:

La política cultural gubernativa ucedista se dio cuenta de que el cambio cultural tenía que ser organizado en relación a los cambios sociales. Si fueron los socialistas los que se aprovecharon de los impulsos que llegaban desde abajo [...] la UCD se apoyó en el deseo de reformismo de la sociedad española que coexistía con el cinismo y la apatía política (122).

Asimismo, en opinión de esta parte de la crítica, la misma modernidad que fue aniquilada durante los cuarenta años de régimen franquista se restauró con el final de la dictadura y el retorno de la democracia; ahora bien, no solo se restauró, sino que *subsistió* a pesar de la censura, el terror, la represión y la ortodoxia impuesta por el Estado fascista.

Por modernidad estos autores entienden aquella cultura liberal-democrática que hunde sus raíces en el humanismo del siglo XVI, la Ilustración del XVIII y que llega hasta la tradición liberal e intelectual del siglo XIX, cuyos máximos exponentes se dieron en España a través del pensamiento krausista o la Institución Libre de Enseñanza (Gracia, 2004: 30-32).

De esta forma, gracias a la existencia de un falangismo de cuño liberal la razón ilustrada pervivió bajo el totalitarismo y el poder institucionalizado franquista. Mediante el oxímoron «falangismo liberal», autores como Elías Díaz, Mainer o Jordi Gracia se refieren a los intelectuales que se agruparon alrededor de la revista falangista *Escorial*, cuyos principales representantes fueron Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar y Dionisio Ridruejo, los mismos que más tarde halagarían desde *El País* las virtudes democráticas y difuminarían su oscuro pasado.

Así, en opinión de José-Carlos Mainer, dentro de Falange había algunos intelectuales empapados de ciertas ideas liberales provenientes de historiadores como Menéndez Pidal o pensadores como Ortega y Gasset, llegando a afirmar que en el interior del falangismo subyacía “toda una etapa del pensamiento liberal español” (Mainer, 1971: 17-18). Asimismo, Gracia expone al inicio de su ensayo *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*:

Defiendo la subsistencia de la tradición liberal, cohibida y escondida, como fundamento del futuro y asumo que la resurrección del pensamiento liberal coincide con el desahucio intelectual y final biológico de una cultura fascista (Gracia, 2004: 23).

En opinión de Mainer y Gracia, tras el exilio de miles de intelectuales y el yermo paraje cultural que quedó tras la contienda civil en suelo español, con la revista fundada por el entorno de Ridruejo se reanudó la vida editorial madrileña. Mediante la revista

Escorial, dirigida por fascistas y cuya retórica estaba al servicio de la propaganda del régimen, el público pudo paradójicamente “reconocer la herencia de las grandes revistas culturales de entreguerra” (Mainer, 1971: 53). Jordi Gracia apunta hacia la misma dirección cuando señala que con dicha revista se recupera “la actividad cultural de mejor tono” (Gracia, 2004: 136), donde también colaboraron puntualmente Baroja, Azorín y Manuel Machado.

Asimismo, en su opinión, a partir de los inicios de la segunda mitad del siglo XX las ideas liberales y democráticas van calando en la sociedad española, sobre todo con la primera generación de universitarios que no participaron en la contienda. Según Díaz, a pesar de la cultura oficial impuesta por el Estado, la censura y la falta de libertades, se fue gestando una sociedad con mayor conciencia crítica y ansias de libertad, deseos que se reflejarán en la crisis universitaria de febrero de 1956. Es a partir de esta fecha cuando “la oposición pluralista y democrática” (Díaz, 1992: 105) se irá ensanchando, con especial protagonismo de los miembros de la «generación del 36», entre los que destaca el ya mencionado Ridruejo. Todo ello tiene lugar bajo el Ministerio de Educación presidido por el aperturista Joaquín Ruiz Giménez -que se inició en 1951 y fue cesado en 1956-, junto con los rectorados de los falangistas Pedro Laín -en la Universidad de Madrid- y Antonio Tovar -en la de Salamanca- (Díaz, 1992: 62-63).

De esta forma, bajo la dictadura de Franco se produjo “una verdadera recuperación de la cultura y el pensamiento de carácter liberal, democrático y socialista” (Díaz, 1992: 14), que actuó como fermento para la posterior democracia. Análogamente, y siguiendo el mismo discurso, Gracia sentencia:

Francó ganó la guerra, pero ni cortó la continuidad liberal y moderna, ni acabó con el nacionalismo laico y racionalista [...] que volvería a resucitar desde la década de los setenta (Gracia, 2004: 37).

5.2 La transición como «pacto de silencio» y «amnesia colectiva»

Como explica Violeta Ros Ferrer, junto al discurso que considera el proceso transicional como algo modélico surgió un relato más crítico que entendía la transición como mera reforma estética del régimen dictatorial. De esta forma, simultáneamente al relato oficial que se impuso durante la transición, emergió una crítica cultural desencantada con el proceso que denunciaba un pacto de silencio y del olvido que estaba desembocando en una “amnesia colectiva” y generando una “sociedad desmemoriada” (Ros Ferrer, 2017: 11).

En opinión de esta narrativa, no hubo una ruptura entre dictadura y democracia, sino una continuidad con el franquismo, que seguía vigente en el aparato burocrático-estatal y las altas instancias culturales, políticas y económicas. De allí que nada menos que en 1976, un año después de la muerte del dictador, José Bergamín se refiriera al presente transicional español bajo los términos de «el franquismo sin Franco» que tiene su principal evidencia en la elección del rey Juan Carlos por voluntad del dictador como su sucesor. De esta forma, el autor sostiene que está teniendo lugar un

traspaso que se quiere aparentar democratizante, y que solamente engaña a los que buscan ese engaño enmascarador con que disfrazar su conciencia por su colaboración y complicidad para encubrirlo y sostenerlo (Bergamín, 1983:188)

Como ya he explicado al tratar la política cultural de la UCD, esta lógica continuista se certifica en que la mayoría de los funcionarios del ministerio de Cabanillas provenían de la burocracia del franquismo. Asimismo, como denunció Juan Luís Cebrián en un ensayo de 1980, titulado *La España que bosteza*, “el franquismo se ha querido perpetuar como un modelo social y de crecimiento a través de las nuevas formas democráticas” (Cebrián, 1980: 14). Como explica el autor, con la elección a dedo de Adolfo Suárez - antiguo falangista- por parte del rey, se dio continuidad al régimen de Franco. De esta forma, las elecciones de 1977 fueron un mero retoque cosmético que permitió a los adeptos del régimen legitimarse en el poder, pues con el proceso electoral

no se estaba procediendo a una reconciliación fundamental entre españoles, mediante el cambio cualitativo del tejido social, sino a una aminoración de tensiones que permitiera la reacomodación del viejo poder a las nuevas instancias y modas de la política (Cebrián, 1980: 22).

Prosiguiendo con la denuncia del continuismo en los aparatos del Estado, Cebrián escribe: “no pueden ser los jueces de la democracia los mismos que los de la dictadura” (Cebrián, 1980: 78). Asimismo, otro ejemplo de pervivencia de los represores franquistas en los altos cargos del país fue el nombramiento del comisario Conesa, conocido durante la dictadura por la utilización de medios represivos contra la oposición al régimen, como jefe de la brigada especial antiterrorista (Cebrián, 1980: 81-82). En la misma línea, Cebrián recrimina a la actual democracia de que a la altura de 1980 los medios de comunicación de propaganda franquistas continuasen estando financiados por el Estado (Cebrián, 1980: 111).

Otra voz que se alzó en contra del proceso transicional fue la de Manuel Vázquez Montalbán, que en su *Crónica sentimental de la transición* de 1985 se lamentaba de la “absoluta pobreza democrática” que padecía la sociedad civil. Por otra parte, Gregorio Morán en *El precio de la transición* (1992) denunció el proceso de desmemoria de los españoles respecto el pasado y la connivencia que se dio entre el poder político y la prensa, que, como «cuarto poder» al servicio de los gobernantes y no de la ciudadanía, “facilitó la evolución de una clase política en función de la misma evolución que ella realizaba (Morán, 1992: 90). Asimismo, el autor reprocha el discurso de “igualdad ante el pasado” que se promovió durante la transición, donde la guerra civil fue injustamente vista como responsabilidad colectiva (Morán, 1992: 75) y no como lo que verdaderamente fue: el levantamiento de una parte del ejército y de la sociedad civil ante una democracia legítimamente constituida.

Por otra parte, en opinión de los que defienden esta postura, el franquismo está incluso presente hoy en día tanto en las prácticas como en los discursos. Por ello, el hispanista Sebastiaan Faber dijo en una entrevista reciente a *La Vanguardia*: “hoy España sigue lastrada por una herencia franquista muy presente y muy pesada”¹⁵.

¹⁵ FABER, Sebastiaan (2022): «Vox preocupa más por sus vínculos europeos que por su franquismo». Entrevistado por Lluís Amiguet. *La Vanguardia*. Disponible en: <https://www.lavanguardia.com/lacontra/20220216/8060097/vox-preocupa-mas-vinculos-europeosfranquismo.html>. [Última consulta: 18/2/22].

5.3 Relecturas del proceso transicional: el concepto «CT» (1998-2012)

Con el cambio generacional -que supone también un cambio en la carga afectiva del relato (Ros Ferrer, 2017: 10)- surge una tercera postura sobre la transición, personificada por generaciones más jóvenes que realizan unas relecturas del proceso, problematizan el statu quo y cuestionan la «normalidad democrática» y los discursos dominantes vigentes hasta la fecha. De esta forma, en 1998 se publica *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española*, de Teresa M. Vilarós, proveniente del hispanismo anglosajón y los *cultural studies*; en la misma línea, en el 2012 se publica el volumen *CT o la Cultura de la Transición*.

Junto a todo ello, a partir del año 2000 tiene lugar una amplia demanda por parte de la sociedad española de recuperación de la memoria histórica; es en este año cuando se rompe el pacto de silencio que se inició para suceder al franquismo¹⁶. Asimismo, en el 2000 se crea la «Fundación para la Asociación de la Recuperación de la Memoria Histórica», que busca repensar no solo la transición, sino también la guerra civil y los largos años de dictadura. Todo ello culminará en el 2007 con la aprobación en el congreso de la «Ley para la Recuperación de la Memoria Histórica». Además, entre los años 2000 y 2013 emergió un auténtico boom editorial de novelas que trataban desde la ficción los temas de la guerra civil, la dictadura y la transición (Ros Ferrer, 2013: 8).

Actualmente los que promueven este relato, que son también los más críticos con el *establishment* español, opinan que los problemas que arrastra la España de hoy, que se palparon claramente en la crisis económica del 2008 y cuya contestación fue inapelable en las manifestaciones ciudadanas del 15 de mayo del 2011, se deben a cómo se llevó a cabo la transición. De allí que, acudiendo al refranero, argumenten que «de aquellos polvos, estos lodos» para referirse a la incompletud democrática del Estado, aquejada todavía de un claro poso franquista.

Fruto del descontento social del 15-M nació la formación política Podemos, que supuso la apertura de nuevos caminos por donde transitar con esperanza más allá de la lógica del «régimen del 78»¹⁷. Fundado en marzo del 2014, uno de los objetivos del

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ FERNÁNDEZ-SAVATER, Amador (2013): «La Cultura de la Transición y el nuevo sentido común». *elDiario.es*. Disponible en: https://www.eldiario.es/interferencias/cultura-de-la-transicion-segundatransicion_132_5617359.html. [Última consulta: 21/2/22].

partido dirigido por Pablo Iglesias era terminar con el bipartidismo, donde el PP y el PSOE se repartían el poder y la dirección del país, fenómeno al que se le ha denominado «PPSOE», por estar ambos al servicio del capital financiero, las élites económicas y los poderes fácticos.

Entre estas élites, en el campo cultural cabe destacar al Grupo Prisa, que como hemos visto, con Jesús de Polanco se convirtió en un auténtico imperio mediático cuyas diversas ramificaciones en prensa, editoriales y medios de comunicación le han convertido en una vasta y poderosa industria cultural, con la capacidad de moldear e influir en la intelectualidad española.

De esta forma, bajo el término «Cultura de la Transición» (CT), acuñado por el periodista Guillem Martínez, se hace referencia a los treinta y cinco años de “tapón cultural” que han impedido que en España se diese una verdadera libertad creativa y artística. En todos estos años -que van desde el final de la transición hasta el 2011- toda producción cultural debía seguir unas pautas y estándares que entraran dentro de lo previsible, dentro del “paradigma cultural español” hegemónico (Martínez, 2016: 11-14), dentro, en definitiva, de unos límites consensuados que dotasen de cohesión social y estabilidad al nuevo régimen democrático. Por tanto, la producción cultural se vio obligada a sacrificar su papel crítico y subversivo en pro de un carácter festivo y alegre, como ya hemos visto que denunció Sánchez Ferlosio en su artículo «La cultura, ese invento del gobierno». En la misma línea, como indica Echevarría:

Lo culturalmente correcto, por aquellos años, consistió en el arrinconamiento de toda actitud abiertamente crítica en aras de un espíritu conciliador y ecuménico que celebrara la cultura [...] como ámbito segregado de las tensiones sociales y políticas (Echevarría, 2016: 33).

A este respecto, la progresiva institucionalización de *El País* y su deriva hacia la conversión en un «lobby cultural» -sobre todo por lo que respecta a su suplemento cultural, calificado de imparcial y endogámico- ha sido criticada en muchos momentos, al promover a determinados autores en detrimento de otros. Por ejemplo, a raíz de la otorgación del Premio Cervantes a Francisco Umbral en 2001, Juan Goytisolo denunció

la putrefacción de la vida literaria española, el triunfo del amiguismo pringoso y tribal, la existencia de fratrías, compinches y alhóndigas, la apoteosis grotesca del esperpento [...] la cultura ha sido sustituida por su simulacro mediático y nadie o muy pocos elevan la voz contra ese estado de cosas. La resignación y el conformismo con los poderes fácticos reinan en el campo literario como en los felices tiempos del franquismo¹⁸.

Como explica Guillem Martínez, es a partir del 15-M de 2011, que buscaba el disenso y dar voz a aquellos que no la han tenido debido a los poderes fácticos, cuando emergió “la no-CT”, es decir, “otro paradigma cultural, una visión de la cultura y de la democracia no tutelada por la CT” (Martínez, 2012: 49), brotando al fin una cultura independiente y no centralizada bajo el lema «¡Democracia real ya!».

¹⁸ GOYTISOLO, Juan (2001): «Vamos a menos». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/2001/01/10/opinion/979081208_850215.html. [Última consulta: 1/7/22].

CONCLUSIONES

Desde mi punto de vista, los tres relatos sobre lo que acaeció en aquellos años de transición tienen elementos acertados y otros que no son del todo correctos.

En primer lugar, considero que se debería resaltar más en los estudios sobre la transición el papel que tuvo la posición de *sumisión* del mundo intelectual a los poderes del capitalismo, fundamentales para tejer la evolución de la dictadura a la democracia. De esta forma, con el capitalismo y la posmodernidad la lógica mercantilista y economicista invadieron el campo cultural e intelectual, dándose dos lógicas que se influyeron mutuamente.

Por un lado, la «realidad global» posmoderna, fenómeno común a todas las democracias occidentales desde finales del siglo XX, que conllevó la mercantilización de la cultura, abriéndose ésta a un público masivo, internacional y desactivando parte de su papel crítico y subversivo. Los ejemplos que se han estudiado son paradigmáticos de esta situación: por un lado, la progresiva decadencia de la revista *Triunfo* debe atribuirse al descenso de lectores de este tipo de revistas políticas en sustitución de los medios de comunicación de masas -la mayoría de los lectores del semanario de Ezcurra fueron absorbidos por *El País*-, formadores de la incipiente «industria del espectáculo» en la «Aldea Global» formulada por McLuhan en 1962. Lo mismo cabe decir de la figura del intelectual, que actuará sometido a las leyes del mercado y dependiente de los medios de comunicación. Con ello, en lugar de exponer sus ideas en las revistas especializadas mayoritariamente de tendencia progresista pasará a expresarse en prensa, televisión y radio, donde se difunde el discurso del consenso, del que el diario fundado por Spottorno es el principal divulgador e interventor fundamental en el campo político para imponer la vía continuista-reformista. Asimismo, parte del descenso de lectores políticos de la editorial Anagrama debe atribuirse a la sensación en boga por aquellos años en Occidente de que el capitalismo carecía de un sistema económico-social alternativo y que con la democracia neoliberal la humanidad había llegado a la forma de gobierno más excelsa, como teorizará más tarde Fukuyama, lo que conllevó una drástica disminución en la venta de ensayos de teoría revolucionaria. Consecuentemente, como hemos visto con Vilarós, muchos militantes de la izquierda radical abandonaron sus ideales subversivos al acomodarse al estado de bienestar que ofrecía la pujante economía neoliberal.

Por otra parte, junto a la realidad internacional se yuxtapone la «realidad local», protagonizada por el fenómeno particular español que es la «CT» o la «cultura de Estado». Si bien estas políticas culturales se adoptan desde los sesenta en muchos gobiernos de Europa, en España la cultura se utiliza expresamente por parte del poder político para promover unidad, cohesión y estabilidad social, lo que convierten a las políticas culturales de la UCD y el PSOE en un caso singular respecto a las promovidas en otros países. Concerniente a la «realidad local» es también el entusiasmo prácticamente general que se produjo tras la muerte de Franco, lo que conllevó a que muchos antifranquistas abandonaran la lucha por las libertades políticas pensando que ya no necesitaban «viáticos», como hemos visto con Haro Tecglen. Asimismo, como explica Herralde, la otra razón del descenso de lectores de teoría política de la editorial Anagrama correspondió al desencanto que prosiguió tras la victoria de la UCD en las elecciones de 1977, con la que se evidenció el continuismo de las fuerzas franquistas en el poder.

De esta forma, se impuso la vía reformista-continuista: si bien se pasó de una dictadura fascista a un sistema democrático de carácter monárquico-parlamentario, los herederos del franquismo mantuvieron su liderazgo -esto es, mantuvieron el monopolio del capital- tanto en el campo político como en el intelectual. Un ejemplo de ello que hemos expuesto es que los mismos falangistas reunidos en torno a la revista *Escorial* que promovían la retórica de la dictadura terminarían exaltando en *El País* los valores democráticos. Por otra parte, el PSOE y el PCE renunciaron a sus reivindicaciones históricas para acceder a las cuotas de poder que les podría ofrecer el nuevo escenario político que se abrió tras la muerte de Franco; acompañado de un atemperamiento discursivo, el primero renunció a su teoría marxista y el segundo abrazó el eurocomunismo, consintiendo ambos en la restauración de la institución monárquica en contra de sus aspiraciones de restablecer la legítima República de 1931. Otro tanto ocurrió con Fernando Savater, que, si en su *Panfleto contra el Todo* de 1978 reivindicaba la revolución y el acratismo, tres años después, tras el 23-F, asumirá posiciones más pragmáticas y moderadas, para terminar siendo al final de la década de los ochenta un autor consagrado y perfectamente instalado en el campo intelectual español.

Respecto a las relaciones entre Estado, cultura y sociedad que se establecieron durante los mandatos de UCD y PSOE, ha quedado demostrado cómo la sociedad civil

tuvo un papel imprescindible a la hora de configurar la transición; con ello, la población fue protagonista y copartícipe del cambio, y no un mero espectador pasivo. De esta forma, la *horizontalidad* de la agenda cultural que arguyen los defensores del término «CT», donde la cultura se impone de arriba abajo, no fue tal, pues las demandas sociales marcaron también el compás de la agenda de las élites.

Por lo que atañe al proceso de desmemoria colectiva y olvido que arguye parte de la crítica, no hubo tal, pues como se ha analizado, la temática de la guerra civil y la dictadura estuvieron muy presentes durante la transición, siendo objeto de reflexión en el cine, la literatura y las artes plásticas. A pesar de ello, lo que sí se conformó fue una memoria bastarda, adulterada y acrítica, pues no hacía frente -ni podía, dado el poder sancionador del Estado- a cualquier acontecimiento que pudiera ser objeto de polémica o conflicto; consecuentemente, se dejó de lado la cruda realidad de la guerra civil y los horrores que los defensores de la democracia republicana tuvieron que padecer durante la larga dictadura en favor de una estética festiva, alegre o como mínimo no problematizadora ni cuestionadora del statu quo. Dicha estética fue agudizada por la deriva posmoderna -concerniente a la «realidad global»- que alcanzó su punto álgido en la década de los ochenta, bajo el mandato de Felipe González. Con ello, la posmodernidad fue un elemento clave que dificultó el talante crítico para mirar con objetividad y rigurosidad histórica los hechos pasados, impidiendo la necesaria y justa reparación y conmemoración de los represaliados en la guerra civil y víctimas del franquismo.

Por otra parte, y en relación con la teoría de la «CT», es indudable que el Estado español ha sido y sigue siendo actualmente un actor fundamental a la hora de promover o dar voz a determinadas obras o autores mediante la otorgación de capital simbólico a través de premios, homenajes, subvenciones y distinciones honoríficas, como ya denunciaron en su día Sánchez Ferlosio o Juan Goytisolo, entre otros muchos que lo han seguido haciendo hasta la fecha. Asimismo, el papel de algunos medios periodísticos como «cuarto poder», y en el caso que nos ha ocupado, *El País* y el imperio mediático que constituye el grupo Prisa, son muestras evidentes de la capacidad que tienen para moldear el campo cultural.

De esta forma, debido a la influencia del Estado y de algunos medios de comunicación, el mundo cultural pierde parte de su autonomía, y tanto gobiernos como medios se convierten en productores de capital social, cultural y simbólico.

Consecuentemente, lamentablemente la «CT» sigue vigente hoy en día, pues todavía cultura, política y Estado trabajan en una misma dirección, estando la producción cultural subordinada a los intereses estatales y sometida a las leyes del mercado. De esta forma, en el panorama español, la cultura todavía no se ha emancipado de la política, pues gran parte de la industria cultural y de los medios de comunicación se han adaptado -o se adaptan- a los imperativos del sistema, siguiendo un mismo discurso normativo y careciendo de una verdadera capacidad crítica, problematizadora y de denuncia. Consecuentemente, con la finalidad de satisfacer las necesidades del establishment político, mediático y económico, esto es, una cultura no subversiva, muchos artistas y creadores se amoldan a la voluntad de la «CT», que a cambio les promociona y promueve sus obras, otorgándoles capital simbólico y económico.

BIBLIOGRAFÍA

ANAGRAMA (1994): *Anagrama. 25 años (1969-1994)*. Barcelona: Anagrama.

ANDRADE, Juan (2012): *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*. Prólogo de Josep Fontana. Madrid: Siglo XXI.

AUB, Max (2003): *Nuevos diarios inéditos: 1939-1972*. Sevilla: Renacimiento.

AUBERT, Paul (1995): «Aquella revista postergada en aras del consenso», págs. 17-21. En: ALTED, Alicia; AUBERT, Paul, (eds.): «*Triunfo en su época*». *Jornadas organizadas en la Casa Velázquez los días 26 y 27 de octubre de 1992*. Madrid: École des Hautes Études Hispaniques.

BALFOUR, Sebastián; QUIROGA, Alejandro (2007): *España reinventada. Nación e identidad desde la transición*. Barcelona: Península.

BALIBREA, Mari Paz (2014): «La despolitización de la memoria histórica del exilio republicano en democracia: Excepciones, paradojas y el caso de Jorge Semprún». *Historia del Presente*. N.º 23, págs. 119-132.

FABER, Sebastiaan (2017): «Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español. Introducción a modo de manifiesto», págs. 13-24. En: BALIBREA, Mari Paz (coord). *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Siglo XXI.

(2017): «1977», págs. 300-307. En: BALIBREA, Mari Paz (coord). *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Siglo XXI.

(2017): «Las políticas de la memoria y el uso político del exilio por los gobiernos democráticos», págs. 508-513. En: BALIBREA, Mari Paz (coord). *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Siglo XXI.

BERGAMÍN, José (1983): «El franquismo sin Franco», págs. 184-189. En: SANTONJA, Gonzalo (ed.): *Cristal del tiempo (1933-1983)*. Madrid: Revolución.

BORRAZ, Marta (2022): «El Congreso aprueba la Ley de Memoria Democrática con la oposición de las derechas». *elDiario.es*. Disponible en:

https://www.eldiario.es/sociedad/congreso-aprueba-ley-memoria-democratica-oposicion-derechas-abstencion-erc_1_9170059.html. [Última consulta: 21/7/22].

BOURDIEU, Pierre (2015): *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.

(2017): «Algunas propiedades de los campos», págs. 112-120. En: *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.

BUCKLEY, Ramón (1996): *La doble transición. Política y literatura en la España de los años setenta*. Madrid: Siglo XXI.

BUSQUETS, Jordi (1989): «El 'estilo Semprún'». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/1989/06/26/cultura/614815204_850215.html. [Última consulta: 10/9/22].

BUSTAMANTE, Enrique (1986): «El País. Análisis del poder», págs. 55-107. En: IMBERT, Gérard; VIDAL BENEYTO, José (Coord.): *El País o La referencia dominante*. Barcelona: Mitre.

CARVAJAL, Doreen (2009). «El País in Rare Break With Socialist Leader». *The New York Times*. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2009/09/14/business/media/14elpais.html>. [Última consulta: 10/9/22].

CEBRIÁN, Juan Luis (1980): *La España que bosteza. Apuntes para una historia crítica de la Transición*. Madrid: Taurus.

COLMEIRO, José F. (2005): *Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la postmodernidad*. Barcelona: Anthropos.

DÍAZ, Elías (1992): *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*. Madrid: Tecnos.

ECHEVARRÍA, Ignacio (2016): «La CT: un cambio de paradigma», págs. 25-36. En: MARTINEZ, Guillem, (coord.): *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*. Barcelona: Debolsillo.

EZCURRA, José Ángel (1995): «Apuntes para una historia», págs. 43-54. En: ALTED, Alicia; AUBERT, Paul, (eds.): «Triunfo en su época». *Jornadas organizadas en la Casa*

Velázquez los días 26 y 27 de octubre de 1992. Madrid: École des Hautes Études Hispaniques.

(1995): «Crónica de un empeño dificultoso», págs. 367-690. En: ALTED, Alicia; AUBERT, Paul, (eds.): «*Triunfo en su época*». *Jornadas organizadas en la Casa Velázquez los días 26 y 27 de octubre de 1992*. Madrid: École des Hautes Études Hispaniques.

FABER, Sebastiaan (2019): «El legado de los historiadores liberales del régimen del 78». *La Marea*. Disponible en: <https://www.lamarea.com/2019/11/28/el-legado-de-los-historiadores-liberales-del-regimen-del-78/>. [Última consulta: 26/7/22].

(2022): «Vox preocupa más por sus vínculos europeos que por su franquismo». Entrevistado por Lluís Amiguet. *La Vanguardia*. Disponible en: <https://www.lavanguardia.com/lacontra/20220216/8060097/vox-preocupa-mas-vinculos-europeos-franquismo.html>. [Última consulta: 18/2/22].

FERNÁNDEZ-SAVATER, Amador (2013): «La Cultura de la Transición y el nuevo sentido común». *elDiario.es*. Disponible en: https://www.eldiario.es/interferencias/cultura-de-la-transicion-segunda-transicion_132_5617359.html. [Última consulta: 21/2/22].

GONZÁLEZ, Luis M. (2008): «"La vaquilla": Memoria histórica y humor carnavalesco». *Quaderns de Cine: Cine i memòria històrica*. Nº.3, págs. 73-79.

GOYTISOLO, Juan (2001): «Vamos a menos». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/2001/01/10/opinion/979081208_850215.html. [Última consulta: 1/7/22].

GRACIA, Jordi (2004): *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Anagrama.

RÓDENAS, Domingo (2019): «Derrota y restitución de la modernidad (1939-2010)», Vol.7 de: MAINER, José-Carlos (Dir.): *Historia de la literatura española*. Barcelona: Crítica.

HARO TECGLÉN, Eduardo (1995) «*Triunfo: nacimiento y muerte*», págs. 55-58. En: ALTED, Alicia; AUBERT, Paul, (eds.): «*Triunfo en su época*». *Jornadas organizadas en la Casa Velázquez los días 26 y 27 de octubre de 1992*. Madrid: École des Hautes Études Hispaniques.

HERRALDE, Jorge (2019): *Un día en la vida de un editor y otras informaciones fundamentales*. Barcelona: Anagrama.

IMBERT, Gérard (1986): «El discurso de la representación», págs. 25-52. En: IMBERT, Gérard; VIDAL BENEYTO, José (Coord.): *El País o La referencia dominante*. Barcelona: Mitre.

(1990): *Los discursos del cambio. Imágenes e imaginarios sociales en la España de la Transición (1976–1982)*. Madrid: Akal.

JULIÁ, Santos (1995): «España en tiempos de *Triunfo*», págs. 27-37. En: ALTED, Alicia; AUBERT, Paul, (eds.): *Triunfo en su época. Jornadas organizadas en la Casa Velázquez los días 26 y 27 de octubre de 1992*. Madrid: École des Hautes Études Hispaniques.

(2006): «En torno a los proyectos de transición y sus imprevistos resultados», págs. 59-79. En: MOLINERO, Carme (coord.): *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*. Barcelona: Península.

L. GEIST, Anthony (1995): «Poesía, democracia, posmodernidad. España, 1975-1990», págs. 143-150. En: MONLEÓN, José B. (ed.): *Del franquismo a la posmodernidad. Cultura española 1975-1990*. Madrid: Akal.

LÓPEZ ARANGUREN, José Luis (1981): «El País como empresa e “intelectual colectivo”». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/1981/06/07/opinion/360712807_850215.html. [Última consulta: 12/5/22].

LYOTARD, Jean-François (1987): *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.

MAINER, José-Carlos (1971): *Falange y literatura*. Barcelona: Labor.

(1988): «1975-1985: Los poderes del pasado». En: AMELL, Samuel; GARCÍA, Salvador, (ed.) *La cultura española en el postfranquismo. Diez años de cine, cultura y literatura (1975-1985)*. Madrid: Playor.

JULIÁ, Santos (2000): *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986: la cultura de la transición*. Madrid: Alianza.

(2006): «La cultura de la transición o la transición como cultura», págs. 153-171. En: MOLINERO, Carme (coord.): *La Transición, treinta años después. De la*

dictadura a la instauración y consolidación de la democracia. Barcelona: Península.

MARTÍNEZ, Guillem (2012): «CT o 35 años de cultura española. Descripción, estupor, temblores y un ejemplo de cómo fue desactivada la cultura en la Transición», págs. 43-55. En: ALBARRÁN, Juan, (ed.): *Arte y transición*: Madrid: Brumaria.

(2016): «El concepto CT», págs. 13-23. En: MARTÍNEZ, Guillem, (coord.): *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*. Barcelona. Debolsillo.

MOLINERO, Carme (2006): «Treinta años después. La Transición revisada», págs. 9-23. En: MOLINERO, Carme (coord.): *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*. Barcelona: Península.

MORÁN, Gregorio (1992): *El precio de la Transición*. Barcelona: Planeta.

NEGRÓ, Luis (2006): *El diario El País y la cultura de las élites durante la transición*. Madrid: Foca.

NOGUEROLES, Marta (2013): *Fernando Savater. Biografía intelectual de un «joven filósofo»*. Madrid: Endymion.

PECOURT, Juan (2008): *Los intelectuales y la transición política: un estudio del campo de las revistas políticas en España*. Madrid: CIS.

(2012): «Activismo, medios y transición política», págs. 179-192. En: ALBARRÁN, Juan, (ed.): *Arte y transición*: Madrid: Brumaria.

QUAGGIO, Giulia (2011): «Política cultural y transición a la democracia: el caso del ministerio de cultura de UCD (1977-1982)». *Historia del Presente*. N.º 17, págs. 109-125.

(2012): «Recomponer el canon estorbado. Pío Cabanillas y la política cultural de UCD», págs. 197-222. En: ALBARRÁN, Juan, (ed.): *Arte y transición*: Madrid: Brumaria.

(2014): *La cultura en transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976–1986*. Madrid: Alianza.

ROMERO, Emilio (1981): «Las tertulias de Madrid». *ABC*. Disponible en: <https://demoshistoria.blogspot.com/2018/07/las-tertulias-de-madrid.html>. [Última consulta: 20/7/22].

ROS FERRER, Violeta (2017): *Representaciones de la Transición en la novela española actual. Poéticas, afectos e ideología en el campo literario (2000-2016)*. Tesis doctoral dirigida por el Dr. Joan Oleza Simó. Valencia: Universitat de Valencia.

SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael (1984): «La cultura, ese invento del Gobierno». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/1984/11/22/opinion/469926007_850215.html. [Última consulta: 25/4/22].

SAVATER, Fernando (1983): *Panfleto contra el Todo*. Madrid: Alianza.

(2002): *Ética y ciudadanía*. Barcelona: Montesinos.

SEOANE, María Cruz; SUEIRO, Susana (2004): *Una historia de El País y del Grupo Prisa*. Barcelona: Plaza y Janés.

SOTO, Álvaro (2005): *Transición y cambio en España: 1975-1996*. Madrid: Alianza.

VAN NOORTWIJK, Annelies (1995): «La desaparición paradójica de una revista», págs. 75-86. En: ALTED, Alicia; AUBERT, Paul, (eds.): «*Triunfo en su época*». *Jornadas organizadas en la Casa Velázquez los días 26 y 27 de octubre de 1992*. Madrid: École des Hautes Études Hispaniques.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (2005): *Crónica sentimental de la transición*. Barcelona. Debolsillo.

VILA-MATAS, Enrique (2007): «Situarse en el mundo». *El País*. Disponible en: https://elpais.com/diario/2007/07/05/opinion/1183586406_850215.html. [Última consulta: 4/6/22].

VILARÓS, Teresa M. (1998). *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973–1993)*. Madrid: Siglo XXI.